1er. Año – No. 1 Agosto, 1929

L'Ouvrier Communiste

Órgano de los Grupos Obreros Comunistas
(Groupes Ouvriers Communistes)

SUMARIO

- Para salir del pantano
- Por qué somos antiparlamentaristas
- Tesis sobre el antiparlamentarismo (A. Bordiga)
- Recientes progresos de la dialéctica materialista en Trotsky y sus epígonos
- Las condiciones históricas de la revolución rusa (H. Gorter)
- ¿Hay que conquistar los sindicatos o destruirlos? (primera parte)
- Anarquistas, socialdemócratas y huelga general (R.Luxemburgo)

1re ANNÉE.— N° 1 AOUT 1929 Contribution aux frais : 50 c^mes

L'Ouvrier Communiste

ORGANE DES GROUPES OUVRIERS COMMUNISTES

EN DÉPOT : 67, bd de Belleville, PARIS (XI^e)

Int. Institut Soc. Geschiedenis Amsterdam

POUR SORTIR DU MARAIS

SOMMAIRE

POUR SORTIR DU MARAIS. — POURQUOI NOUS SOMMES ANTIPARLEMENTARISTES. — THÈSES SUR LE PARLEMENTARISME (Bordiga). — RÉCENTS PROGRÈS DE LA DIALECTIQUE MATÉRIALISTE CHEZ TROTSKY ET SES ÉPIGONES. — LES CONDITIONS HISTORIQUES DE LA RÉVOLUTION RUSSE (H. Gorter). — FAUT-IL CONQUÉRIR LES SYNDICATS OU LES DÉTRUIRE ? — ANARCHISTES, SOCIAL-DÉMOCRATES ET GRÈVE GÉNÉRALE. (R. Luxemburg)

POURQUOI NOUS SOMMES ANTIPARLEMENTARISTES

THÈSES sur le Parlementarisme présentées par le camarade BORDIGA au nom de la fraction communiste abstentionniste du Parti Socialiste italien au IIe Congrès de l'Internationale communiste

PARA SALIR DEL PANTANO

Las grandes luchas y las grandes derrotas de la clase obrera en el período de la guerra y de la posguerra han creado una base para un nuevo renacimiento de las fuerzas proletarias, para una elevación de la conciencia ideológica y de la capacidad de combate del proletariado. Pero esta elevación de la ideología obrera solo se produce a costa de un proceso de descomposición de las organizaciones en las que la clase obrera no pudo encontrar las armas de su victoria sobre el capitalismo, organizaciones representadas por la socialdemocracia y el bolchevismo.

Nuestro origen, como grupo en el que el arma de la crítica revolucionaria no teme ni a los jefes ni a los ídolos, se debe a este proceso de descomposición, que pronto ganó rápidamente a la Comintern después de la NEP. Pero nuestro desarrollo, nuestra liberación del fango del pantano, no fue obra de un día. Fueron necesarios muchos contrastes para alcanzar nuestro nivel ideológico actual. Y si nuestra posición de hoy está libre de todo oportunismo, se debe a una doble escisión.

En el terreno revolucionario, solo se puede alcanzar la claridad a ese precio; no hay otro medio posible para mantener y difundir las posiciones que se han ganado a costa de tantos esfuerzos. Hay que permanecer siendo un pequeño número, un puñado, a veces incluso quedarse solo. De lo contrario, solo queda ocultar las posiciones bajo el celemín del compromiso y de la disciplina mecánica.

La primera escisión nos liberó del bigotismo disciplinario en el que todavía chapotean, como patéticos centristas, los enderezadores de la Comintern. Pero esta primera escisión, de la que somos deudores a los elementos de *Prometeo* y que nos permitió vislumbrar un horizonte más amplio, no era suficiente.

Entre nosotros había herejes vacilantes, a quienes nuestra tendencia iconoclasta asustaba, que escondían en sus bolsillos imágenes marchitas con la esperanza de que algún día fueran fuente de un milagro. También había quienes se dejaban llevar a la deriva por una corriente de aristocracia obrera, definitivamente separada de la revolución. De todos esos nos deshicimos sin pesar, porque nuestras ideas y nuestras posiciones revolucionarias valían mucho más que su compañía recalcitrante.

Por lo demás, la perfecta homogeneidad ideológica, que en un período de descomposición solo puede alcanzarse a costa de la cantidad, es muy preferible a una combinación más numerosa de elementos heterogéneos. Hoy, el crecimiento de la calidad se produce mediante una disminución de la cantidad. Quienes, ante esta dura realidad, se aferran al mito de la unidad para defender sus falsas posiciones, no han comprendido la necesidad de este proceso. Asustados por el aislamiento actual, se dejan arrastrar por la corriente, olvidando que la realidad histórica no se limita al momento presente, sino que es un conjunto complicado del que la contingencia se elimina finalmente como un elemento insignificante.

Pero ¡qué importa su pérdida al lado de nuestra liberación ideológica! ¿No deberíamos más bien alegrarnos de haber roto un vínculo que quizás nos habría devuelto al pantano?

Hemos comenzado nuestro desarrollo con la negación del mito de la unidad formal, porque sabíamos bien que esa es una fuerza de conservación de los organismos contrarrevolucionarios. La historia, los hechos, ya habían probado antes que nosotros la exactitud de esta verdad. Nosotros solo nos hemos dado cuenta de ello, ¡ay!, un poco tarde.

¿Demasiado tarde? No. Además, ¿cómo podría este descubrimiento haberse efectuado antes? Los elementos de lo subjetivo, de lo consciente (esas son expresiones de Lenin) no son un avance sobre la historia. No se puede edificar sobre arena. Lo subjetivo no es sino el reflejo de la continuación, incluso un aspecto de lo objetivo mismo. Es la experiencia de la historia la que desarrolla las nuevas posiciones ideológicas, la que forma, a expensas de las viejas organizaciones anticuadas, las nuevas formaciones de combate.

El error formidable de Lenin, que estaba inconscientemente en él —el reflejo de una situación en la que el elemento proletario no era el único en desempeñar un papel importante— fue precisamente esa tendencia a las construcciones artificiales, a la estrategia que, queriendo adelantarse mediante un plan preestablecido a los límites de la realidad, termina por mutilar los brotes de lo espontáneo.

Bordiga, en su carta a Korsch publicada por *Prometeo*, señaló este error de Lenin. Lo que olvidó señalar es que es el error de todos los que siguieron a Lenin en la experiencia de la Comintern, Bordiga incluido, nosotros incluidos. Esta falta de objetividad lleva a olvidar el mérito de quienes no siguieron a Lenin en su intento. Y la responsabilidad aumenta si elementos como Bordiga y tantos otros, sabiendo que la línea leninista llevaría a la quiebra de la III Internacional, no lo dijeron con toda la claridad necesaria.

Hoy todavía es penoso constatar que los representantes de la línea de Bordiga hacen como si consideraran esa línea como una tendencia original y específica de la izquierda en la Internacional, cuando es más bien una rama rezagada de la verdadera izquierda marxista, aquella cuyos representantes en 1919 y 1920 eran Pankhurst en Inglaterra y, en Holanda, los tribunistas Gorter y Pannekoek.

El Soviet, órgano de la fracción abstencionista en el Partido Socialista Italiano, publicó sin embargo un folleto de Pannekoek. Aquella que finalmente encontraba su expresión en Alemania en el Partido Comunista Obrero, contra el cual están dirigidos casi todos los ataques de *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* de Lenin.

No hay que ocultarlo, solo los tribunistas y los extremistas alemanes se negaron a seguir la línea de Lenin. Fue Herman Gorter, en su carta abierta a Lenin, escrita para él y para el partido comunista alemán, quien denunció la falsa línea de Lenin.

Ya la "vieja topa" ha ejecutado su juicio. Gorter tenía razón y Lenin estaba equivocado. La línea leninista llevó a las peores derrotas; la constitución de los partidos de masas formó, además, un nuevo baluarte oportunista y contrarrevolucionario en el campo del

proletariado. La revolución mundial encontró en esos partidos a saboteadores y no a guías.

La línea de Lenin era la de la unidad; la línea de Gorter, la de la escisión. Y ¿cuál ha sido el resultado de la táctica de la unidad? La derrota y, después, la descomposición.

Hoy, con la experiencia cumplida, ya no se trata de salvar la Comintern aferrándose desesperadamente al leninismo, como hace casi toda la oposición; se trata de condenar, a la luz de la experiencia histórica, a ese mismo leninismo. Y con ello entendemos el oportunismo táctico, que no puede crear artificialmente la unidad, sino que retrasa el proceso espontáneo de la unificación revolucionaria. Y al mismo tiempo hay que volverse hacia la línea de izquierda, hacia el "radicalismo infantil", que ya en 1920 había condenado a Lenin.

Puede parecer una paradoja, pero el "viejo topo"[1] se ha encargado de demostrar que no era el extremismo la enfermedad infantil del comunismo. Era, al contrario, el leninismo. Las relaciones de fuerzas sociales en Rusia, que estaban mucho menos avanzadas que en Europa Occidental y América, formaron la base del infantilismo leninista. Así fue como Lenin y los leninistas creyeron poder aplicar la misma estrategia que en Rusia a los demás países, que ya no tenían una revolución burguesa que hacer. El leninismo, que no supo extraer de la experiencia occidental los elementos de maduración, se transformó en despotismo y reacción, tanto en Rusia como en el terreno internacional. Y así el proletariado vio aumentar el número de sus enemigos. Ya no se enfrenta solo con la democracia y la socialdemocracia burguesa; se enfrenta también con esa falsificación del comunismo que es el bolchevismo.

El aspecto fundamental de la enfermedad infantil leninista era el compromiso. El compromiso fue aplicado, pues, en la formación de los partidos de la III Internacional. En 1919 y 1920, los elementos extremistas o ultraizquierdistas tendían todos al antiparlamentarismo total; el leninismo emprendió una lucha contra esos elementos, que o bien se dejaron doblegar o bien fueron expulsados de las filas del comunismo oficial. El antiparlamentarismo en su aspecto radical era una manifestación general del grado de conciencia que el proletariado había alcanzado mediante la experiencia de la guerra en los países capitalistas avanzados. Por eso mismo no había que confundir, como hizo Lenin,

---

1 El término "viejo topo" (en francés en el original: "la vieille taupe") es una referencia directa a una expresión utilizada por Karl Marx. En la tradición marxista, "el viejo topo" simboliza el trabajo subterráneo, lento pero inexorable, de la revolución. Marx la emplea en varios textos, siendo el más famoso *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), donde escribe:
«Pero la revolución es minuciosa. Atraviesa paso a paso el camino de su desarrollo... y el viejo topo de la revolución sigue cavando»
La imagen evoca a un topo que excava en silencio bajo la superficie, sin ser visto, pero que finalmente emerge para derribar el orden establecido. Es una metáfora del proceso revolucionario que avanza en las profundidades de la sociedad, a menudo imperceptible para los contemporáneos, pero que termina por hacer irrupción.
En este texto, los autores de *L'Ouvrier Communiste* utilizan esta expresión para afirmar que la historia ya ha juzgado el conflicto entre Gorter y Lenin: “el viejo topo” (la revolución como proceso histórico) ha demostrado que Gorter tenía razón y Lenin estaba equivocado. Es una forma literaria y militante de decir que los hechos históricos han confirmado la crítica de la izquierda comunista al leninismo. Es un término con una fuerte carga simbólica en el lenguaje de la izquierda revolucionaria, y que aparece con frecuencia en los textos de la tradición consejista y de la izquierda comunista. [nota del traductor]

esta manifestación del desarrollo revolucionario de los países más avanzados con el otzovismo ruso. Pero el sistema de la analogía es uno de los procedimientos (no siempre dialécticos) de la ideología leniniana. Se aceptó en las filas de la Internacional a demagogos parlamentarios, que pululaban en el Partido Socialista Independiente, en la izquierda de la SFIO en Francia, en el Partido Socialista en Italia. Así es como se dieron "jefes" a las masas de la Comintern.

Por un lado, se combatió y expulsó al extremismo; por otro, se permitió que el oportunismo parlamentario se instalara en las filas de la vanguardia proletaria. Así, el antiparlamentarismo de los extremistas, históricamente justificado por el conflicto entre el parlamento, órgano político del capitalismo, y los consejos, órganos políticos del proletariado, fue condenado por el leninismo y no tuvo cabida en la Comintern.

Está claro que el primer paso del bolchevismo hacia el compromiso debía separarlo de los mejores elementos revolucionarios y, por lo tanto, de la propia realidad revolucionaria. A la luz de la experiencia histórica, podemos decir hoy que la cuestión parlamentaria no era en absoluto una cuestión secundaria, pues manifestaba, en su diferente interpretación de la táctica comunista, la diferencia fundamental entre la revolución rusa y la revolución occidental. Hoy, cuando la estrategia leninista ha quebrado y ha llevado a la Comintern a las filas de la contrarrevolución, aparece claramente que si la III Internacional hubiera podido tener en su base ideológica la fuerza del antiparlamentarismo radical, ese espantajo de los oportunistas, el proceso de degeneración de la III Internacional no habría sido tan fácil y ese organismo habría mantenido al menos al proletariado internacional en sus posiciones revolucionarias.

No se contentaron con aplicar el compromiso en el terreno de los partidos de masas y del parlamentarismo. Después de la introducción de la NEP, fue en la teoría y la práctica del frente único donde se produjo el compromiso con la socialdemocracia internacional. Se intentó, mediante una formulación diplomática, ocultar el verdadero sentido oportunista de esa táctica, que reflejaba en el terreno internacional la degeneración inicial de la dictadura proletaria en Rusia.

Miasnikov, polemizando en 1922 con Lenin, señaló precisamente que se intentaba en vano ocultar la naturaleza claramente socialdemócrata de esta táctica bajo fórmulas nuevas (la cuerda y el ahorcado, etc.). Esta táctica, que se aplicó al mismo tiempo que el lanzamiento de la consigna del gobierno obrero y campesino (consigna carente de sentido en los países capitalistas avanzados), reveló en pocos años la naturaleza oportunista de la nueva Internacional. Llevó, por lo demás, en poco tiempo a la Comintern a las mismas posiciones donde la socialdemocracia había quebrado en 1914.

En 1923, el Partido Comunista Alemán (KPD), bajo la dirección del Ejecutivo de Moscú, no solo aplicó la táctica del frente único con la socialdemocracia: intentó aplicarla incluso con los elementos fascistas de Alemania. Exaltó con ese fin la Nación y sostuvo al mismo tiempo que solo el proletariado, afiliado con todos los elementos sanos del pueblo, podía defender y salvar la patria en peligro. Era la traición abierta de los principios internacionalistas.

Hay gente que ha querido hacer pasar la traición de 1923 en Alemania como un simple error. Son, en efecto, las mismas personas que hoy quieren emprender el enderezamiento de la Comintern. Pero nadie debería ignorar el discurso de Radek sobre Schlageter, los discursos de Bujarin y de Zetkin sobre la posición de la Comintern respecto a Alemania en 1923; nadie debería ignorar que en esa época se contempló la colaboración entre el Ejército Rojo y el Reichswehr[2]. Nadie, en las filas revolucionarias, debería ocultar el hecho, que nunca se ha podido desmentir: la Rusia soviética armó en 1922 y 1923 al Reichswehr, contra el que luchaba heroicamente el proletariado alemán.

La aplicación del compromiso llevada hasta la traición encuentra sus bases teóricas en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* de Lenin e incluso en *Contra la corriente* de Lenin y Zinoviev. Se ha dicho: Lenin no habría llegado a eso. Pero cuando hacemos la crítica del leninismo no podemos tomar en consideración ese argumento (cuya condena se encontrará, por lo demás, en el primer capítulo de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx). Lo que importa es que el leninismo llegó a eso. En *Contra la corriente*, Lenin adopta posiciones contradictorias sobre la cuestión nacional. Su pensamiento oscila entre una posición internacionalista muy justa y reservas de tácticas falsas (así va a buscar "fuerzas revolucionarias" históricamente muertas en las guerras nacionales, en la autonomía de los pueblos, etc.) que ofrecen una amplia base teórica a la traición de 1923.

Talheimer, el alma gemela de Brandler (de quien Souvarine se ha hecho en Francia el apologista), se sirvió muy bien de la posición equívoca de Lenin para justificar, en un artículo aparecido en la *Rote Fahne* de 1923, el nacional-bolchevismo del KPD.

También en este caso, la naturaleza de la ideología leniniana se revela bajo la forma de un compromiso, de viejo estilo socialdemócrata, en pleno contraste con la ideología de la izquierda marxista.

Esto es lo que señaló tan acertadamente Rosa Luxemburgo, que manifestó con la izquierda holandesa y polaca las tendencias objetivas de la revolución occidental, y supo discernir en las desviaciones leninianas de *Contra la corriente* las primeras manifestaciones del nacional-bolchevismo de 1923.

El compromiso precipitado que creó, en un momento de entusiasmo, la III Internacional, ocultó bajo el celemín estas diferencias, cuya importancia se reveló más tarde. Y es con un sentimiento de admiración que se lee la crítica que Rosa Luxemburgo hizo de la Revolución Bolchevique y de su falsa estrategia nacional, crítica solo esbozada antes de la muerte de la gran teórica marxista. El entusiasmo, y después la complicidad, que hicieron callar a la pléyade de jefes de la Comintern, no habían turbado la objetividad de la heroína proletaria; felizmente para ella, no encontró ni apologetas ni adoradores en la Escuela lenino-bujariniana.

Pero también aquí, el compromiso leninista ha sufrido una derrota más, y también aquí hay que condenarlo.

---

2 El *Reichswehr* fue el nombre que recibió el ejército alemán durante el período de la República de Weimar, desde 1919 hasta 1935. [nota del traductor]

Sin embargo, la lección más profunda infligida al leninismo por los hechos es aún el fracaso de la conquista de los sindicatos. En este terreno, el bordiguismo, el brandlerismo, todos los matices y tendencias de la III Internacional han seguido la misma línea. Y con ese fin todos sostuvieron la necesidad de permanecer en los sindicatos, incluso reformistas, para combatir el reformismo y para reemplazar a los jefes reformistas por jefes comunistas, a fin de revolucionar los sindicatos. Hasta ayer hemos sido los "conquistadores", hemos creído en la utopía de la conquista sindical. Hemos tenido que reflexionar mucho, ver triunfar el arbitraje, hemos tenido que indagar en la experiencia alemana, italiana, incluso rusa, para darnos cuenta de que incluso ahí el leninismo había sido infantil. Había olvidado, como mal dialéctico, que las formas de la lucha de clases no son siempre las mismas, que los órganos originariamente naturales pueden ser desnaturalizados y volverse anticuados y reaccionarios. Hoy los "conquistadores" fracasan contra el escollo del arbitraje obligatorio. ¡Qué frutos amargos no ha producido este error para el proletariado!

Se ha ocultado bajo el celemín de la teoría de la conquista el conflicto histórico entre los consejos de fábrica y los sindicatos, entre la revolución y la contrarrevolución. Se ha mecido el espíritu de los obreros en la ilusión de que reemplazando hombres por hombres, funcionarios por funcionarios, se podían revolucionar órganos que la historia había condenado durante la guerra y en el empuje revolucionario. El leninismo, que precisamente combatió al reformismo que sostenía la necesidad de romper el Estado, no comprendió que los sindicatos, que se habían integrado con el Estado, también debían ser destruidos. En Alemania se intentó conquistar y se dejó conquistar; en Rusia los sindicatos son, como en Italia, corporaciones, forman el tornillo que aprieta en sus mordazas a la clase obrera.

Y los órganos sindicales que, fuera de la Internacional de Ámsterdam, pretenden conservar la tradición de la lucha de clases, son empujados fatalmente en la misma dirección que las organizaciones amarillas. Su naturaleza reformista se impondrá e incluso ya se impone sobre su fraseología revolucionaria. Por un lado, la influencia antiproletaria del Estado ruso, que los convierte en juguetes de una política contrarrevolucionaria; por otro, su esencia, que los encierra en los límites restringidos de las reivindicaciones parciales, desarrollando en ellos órganos de colportaje[3] de clase, trabas al desarrollo de la conciencia revolucionaria del proletariado. Por estas razones nos negamos a seguir viendo en ellos formas revolucionarias de la lucha de clases. En cuanto a las organizaciones que, fuera de la Sección Internacional de Ámsterdam y de la Internacional Sindical Roja de Moscú, buscan la solución de la lucha de clases en el mismo terreno, es decir, en la misma forma en que las otras ya han revelado o están revelando su impotencia, están destinadas a tener el mismo fin. Ya sea en Alemania,

3 Aquí, "*colportaje*" no se refiere a su significado más literal de vender libros o mercancías puerta por puerta. Se usa en un sentido político y metafórico, muy común en el lenguaje de la izquierda revolucionaria de principios del siglo XX, para describir una función de "transmisión", "difusión" o "propaganda" de ideas y consignas, pero de una manera superficial, mecánica y sin profundidad crítica. La crítica que se hace en el texto es que los sindicatos reformistas, al centrarse en pequeñas reivindicaciones económicas, se convierten en meros "vendedores" o "distribuidores" de pequeñas mejoras, en lugar de ser órganos de concienciación revolucionaria. En lugar de elevar la conciencia de clase, se limitan a "colportar" (distribuir, transmitir) demandas parciales que no cuestionan el sistema, actuando así como un freno al desarrollo revolucionario del proletariado. [nota del traductor]

donde han elegido el terreno de la escisión, o en Francia, donde se aferran a la teoría de la conquista (basta con echar un vistazo a la acción y a la teoría de la *Ligue Syndicaliste* para darse cuenta de que esta ya está en el surco de la colaboración de clases), no hacen sino demostrar más completamente esta realidad.

No se pueden conquistar los sindicatos para la revolución, no se pueden crear sindicatos revolucionarios. La contradicción entre la lucha por el pedazo de pan y la lucha por la revolución se ha resuelto históricamente en los consejos de fábrica, los consejos revolucionarios, que romperán el aparato de Estado de la burguesía y, con este último, los propios sindicatos.

No hemos podido desarrollar íntegramente nuestra crítica en nuestras consideraciones. Hemos tenido que contentarnos con esbozar solo el lado crítico de nuestro pensamiento. Para dar una base sólida a nuestra crítica se necesita un análisis profundo del desarrollo de la lucha de clases en los años de la posguerra. Lo que es seguro es que los elementos de ese análisis, que intentaremos desarrollar en nuestra actividad ulterior, existen. Por consiguiente, podemos extraer ya desde ahora las conclusiones generales. Estas conclusiones no nos llevan simplemente a condenar el leninismo, en tanto que ideología y acción. Nos llevan a posiciones que habrá que consolidar, pero que, siendo un dato de la base objetiva de la lucha proletaria en el terreno internacional, tienen un valor duradero. No se refieren a la pura contingencia, sino a todo el período de preparación y desarrollo de la revolución proletaria.

Habrá que difundir, además, entre los proletarios el contenido de estas posiciones, y ello no por los métodos de la agitación bolchevique, sino por una propaganda comunista que no tiene objetivos inmediatos, sino un solo objetivo: la revolución proletaria.

Preparar, desde una base muy restringida, desde una élite consciente, el espíritu de la masa obrera para la revolución, o, para ser más precisos, mediante nuestra propaganda, la experiencia histórica de la que el proletariado recibe su máximo de educación, su conciencia de clase para llevar a cabo su papel de trastrocamiento y transformación económica y social: esa es nuestra posición fundamental.

No se puede mantener esta posición mediante una estrategia de jefe. Al contrario, solo se puede consolidar condenando la política de los jefes (cabe señalar que no se podría llamar así a los representantes de la clase proletaria controlados antes y durante la acción revolucionaria, es decir, a los miembros de los consejos y de los demás órganos revolucionarios, que son simples instrumentos de la acción proletaria) que han encontrado y encuentran todavía hoy su refugio en las organizaciones donde la masa de base no tiene ninguna conciencia de los problemas revolucionarios. Por eso no tenemos prisa por fundar un nuevo partido, por ampliar precipitadamente nuestra base de organización. No queremos repetir los errores cometidos, no queremos con nosotros a lo que aún no nos ha comprendido. Adoptando este sistema, estaremos preservados contra la restauración de la política de los jefes en nuestras filas. Tenemos como objetivo formar un partido verdaderamente revolucionario y es con ese fin que preferimos seguir siendo todavía durante mucho tiempo, si es necesario, una secta.

Y aún para mantener esta posición, para conservar su baluarte a la revolución, no bastará con desarrollar la conciencia proletaria mediante la propaganda, separándola de la política de los jefes. Para arrancarla de la influencia secular de la cultura, del medio burgués, habrá que romper con toda la tradición burguesa. Habrá que entrar en lucha abierta contra las formas que tienden a conservar y difundir las raíces de la influencia burguesa entre la clase obrera. Habrá que romper con las formas parlamentarias y sindicales, habrá que preparar su destrucción. Habrá que invitar a la clase obrera a boicotear el parlamento y a preparar la destrucción de este último. Habrá que decir al proletariado que la lucha por las reivindicaciones parciales no puede tener como resultado la mejora de la clase obrera, que puede tener valor tan solo como un elemento de preparación para la lucha revolucionaria, que deberá conducirnos a la instauración de la dictadura del proletariado; que los sindicatos no pueden ser la expresión de esa lucha revolucionaria, que llevan a la colaboración de clases, es decir, a una mayor esclavitud de la clase obrera.

No hace falta decir que la experiencia, la propaganda de este hecho tiene un valor enorme y fundamental en el desarrollo de la conciencia proletaria. Pero cuando nuestra propaganda, en lugar de secundar esa propaganda de hecho, en lugar de secundar las "lecciones de la historia", se pone a través de la realidad histórica, nuestra actividad se vuelve contrarrevolucionaria; cuando el leninismo niega la existencia de un grado superior de la conciencia proletaria y lo hace pasar por una enfermedad infantil, se pone a través de la historia, se vuelve contrarrevolucionario. No queremos el puñado de héroes que con sus gestos despiertan las revoluciones y crean nuevas bases sociales.

Solo que, conservando las posiciones que durante el período revolucionario de posguerra el proletariado ha ganado incluso a costa de mil derrotas, cumplimos nuestro papel modesto pero necesario.

Y para mantener y ampliar estas posiciones lucharemos con ahínco contra todos los enemigos de la revolución, contra la burguesía y sus afiliados, contra la socialdemocracia occidental y contra la socialdemocracia de Moscú.

POR QUÉ SOMOS ANTIPARLAMENTARISTAS

Las tesis que publicamos a continuación reproducen perfectamente nuestro pensamiento actual sobre la cuestión parlamentaria, es decir, sobre la actitud que las élites revolucionarias deberían mantener respecto al Parlamento. Fueron presentadas en la Comintern en 1920, pero ya estaban contenidas en el programa de la fracción abstencionista en el seno del Partido Socialista Italiano, el cual fue aprobado en el Congreso de Bolonia (1919) de ese mismo partido por 4.000 inscritos. Esta fracción contaba con sus adherentes en todas las regiones de Italia. El Partido Comunista de Italia,

que fue fundado en Livorno en enero de 1921 sobre todo por la actividad de la fracción abstencionista, no adoptó en su programa el boicot del parlamento, que es preconizado en las tesis en cuestión. Es decir, que esta fracción y su líder, Bordiga, renunciaron a su posición sobre el parlamentarismo para no atentar contra los 21 puntos de la Internacional Comunista, puntos que regulaban, a priori, la formación de los partidos comunistas. Estos puntos no admitían, entre otros, la presencia en la Comintern de elementos que preconizaran el boicot de los parlamentos burgueses.

La presentación de las tesis en cuestión fue acompañada, en el II Congreso de la Comintern, de un discurso de Bordiga que ha aparecido recientemente en *Prometeo* en lengua italiana. El contenido de este discurso del camarada Bordiga reproduce las mismas ideas de las que Herman Gorter dio una exposición de gran simplicidad en su *Carta abierta al camarada Lenin*, escrita también en el otoño de 1920, al menos en lo que se refiere a la cuestión parlamentaria.

Hay que señalar que ya en su discurso de 1920, Bordiga atenúa mucho la importancia del boicot de los parlamentos burgueses. «Las tesis del ponente —dice— declaran por otra parte que la cuestión parlamentaria es secundaria para el movimiento comunista; no ocurre lo mismo con la cuestión sindical (donde Bordiga era de la opinión de los leninistas). Creo que de esta oposición no se podría sacar un juicio decisivo sobre los camaradas y los partidos comunistas.» Esta patente atenuación del desacuerdo sobre la cuestión parlamentaria está en contradicción con el contenido de las tesis que reproducimos más abajo, redactadas por el propio Bordiga, donde precisamente concedió una gran importancia a la cuestión parlamentaria, como el lector podrá comprobar por sí mismo.

Por lo demás, el abandono de esta posición contribuyó enormemente a debilitar la base de los partidos de la Internacional. En Italia borró del movimiento comunista la tendencia abstencionista durante largos años. En las tesis se pone precisamente de relieve la dispersión de las fuerzas revolucionarias en la actividad electoralista y parlamentaria (¡que los de *Prometeo* lo recuerden bien! ellos ridiculizaron en nosotros este argumento, que aportábamos en 1927 defendiendo el boicot de los parlamentos burgueses), fuerzas que podrían aplicarse de otro modo en el terreno de la acción revolucionaria. Además, se contempla la necesidad de dar todas las luces al proletariado en este terreno.

Solo mediante el boicot del parlamento se puede dar a la clase obrera la plena conciencia de que este órgano de dominación de la burguesía debe ser quebrado y reemplazado por los consejos. Y si se tiene presente el papel secular desempeñado en algunos países capitalistas por las instituciones parlamentarias, se percibirá la enorme importancia de esta cuestión para las élites proletarias. Se dará uno cuenta del enorme perjuicio que el abandono de esta posición ha aportado a la causa proletaria en Italia.

No hay que ocultar tampoco que en 1924, en vísperas de las elecciones parlamentarias en Italia, Bordiga tuvo que escribir un artículo, aparecido en la prensa oficial del Partido Italiano. Este artículo está en perfecta contradicción con el contenido de las tesis que hemos podido encontrar hoy solo en *Le Phare*, órgano comunista ginebrés, al que en 1921 colaboraban todos los teóricos de la filosofía de la ofensiva, Bujarin incluido (hoy todos son derechistas consumados).

El artículo de 1924 intenta justificar el abandono de la posición del boicot, reemplazando el contenido de las tesis por una concepción muy elástica de la táctica parlamentaria. Apoyaba también la tendencia que, en el Partido Comunista Italiano, preconizaba la participación en las elecciones contra la tendencia que era partidaria de la abstención. Esta última tendencia era partidaria de la abstención por razones que, por lo demás, no tienen nada que ver con la posición del boicot de los parlamentos burgueses. Pero esto no es para Bordiga y sus partidarios una justificación. Tampoco lo es el pretexto del cambio de situación.

En las tesis que reproducimos más abajo se afirma que la táctica del boicot de los parlamentos debe aplicarse durante todo el período histórico actual e incluso, en algún lugar, se declara que esta táctica es indispensable en cualquier situación. Por lo demás, si es cierto que en 1924 los elementos más oportunistas (incluso los reformistas) eran reacios a la acción electoral, que se había vuelto peligrosa desde el advenimiento del fascismo, no es menos cierto que una posición muy clara del boicot no era menos peligrosa. Además, la propuesta del artículo de 1924 valorizaba de cierta manera a los ojos del proletariado el papel del parlamento.

Era, al contrario, el momento de mostrar a los obreros, mediante una acción de boicot, que el parlamentarismo tiene siempre la misma sustancia, tanto bajo la dictadura democrática como bajo la del fascismo. Y es importante señalar que era precisamente la izquierda bordiguista la que se esforzaba por mostrar (y tenía razón) la identidad de sustancia entre la democracia y el fascismo. Esta premisa teórica, que tiene sus raíces en la realidad histórica de la lucha de clases en Italia, no era un aporte a la tesis del cambio de método en la cuestión parlamentaria de 1924.

Esta última posición —la del boicot o de la participación en la actividad electoral condicionada a la situación política— está contenida en una nota de la *Carta abierta al camarada Lenin* de Herman Gorter. En Gorter, cuyo análisis muy simple y muy claro de la situación objetiva en los países capitalistas avanzados lleva a una conclusión fundamental favorable a la necesidad del boicot de los parlamentos burgueses, la reserva totalmente personal contenida en la nota antes mencionada representa una incoherencia que no está justificada por todo el análisis precedente.

El contenido de las tesis que extraemos de *Le Phare* de 1921 es completamente satisfactorio y completo. El análisis contenido en el capítulo "La cuestión parlamentaria" de la *Carta abierta* de Gorter puede servir como ilustración del contenido muy breve del documento, ya no bordiguista, de Bordiga.

Antes de terminar esta presentación indispensable del documento sobre el parlamentarismo de la izquierda italiana de 1920, debemos señalar que los de *Prometeo*, en el encabezamiento que precede al discurso de Bordiga en el II Congreso de la Comintern, declaran que el antiparlamentarismo de Bordiga (que no era una exclusividad suya) no era de origen sindicalista, y a decir verdad solo los anarcosindicalistas, en la acción por su ideología anarquista, son partidarios del boicot de los parlamentos burgueses. El sindicalismo puro de Sorel no ha tenido ninguna aplicación práctica en su tendencia netamente antiparlamentaria. Por lo demás, el propio Sorel favoreció sin

reservas la actividad de sus discípulos italianos (Labriola, Leone), llevándolos, a través del surco parlamentario, hasta el terreno de la democracia burguesa. Ni los actuales sindicalistas de *La Révolution Prolétarienne* han preconizado nunca hasta ahora el boicot de los parlamentos burgueses. El sindicalismo no tiene nada que ver con las tendencias radicales del antiparlamentarismo comunista y marxista que en 1919 se manifestaron con tanta precisión en el terreno internacional. *Prometeo* no es del todo "marxista" cuando en su encabezamiento (vacío, por lo demás) ignora o hace como que ignora una cantidad de hechos que podrían poner de relieve el lado marxista de la tesis del boicot al Parlamento.

Tesis
sobre el parlamentarismo

presentadas por el camarada Bordiga en nombre de la fracción comunista abstencionista del Partido Socialista Italiano en el II Congreso de la Internacional Comunista

1. El Parlamento es la forma de representación política propia del régimen capitalista. La crítica de principio que hacen los comunistas marxistas del parlamentarismo y de la democracia burguesa en general demuestra que el derecho de voto no puede impedir que todo el aparato gubernamental del Estado constituya el comité de defensa de los intereses de la clase capitalista dominante. Además, aunque este derecho sea concedido a todos los ciudadanos de todas las clases sociales en las elecciones a los órganos representativos del Estado, este último no se organiza por ello menos como instrumento histórico de la lucha burguesa contra la revolución proletaria.

2. Los comunistas niegan rotundamente que la clase obrera pueda conquistar el poder obteniendo la mayoría parlamentaria. Solo la lucha revolucionaria armada le permitirá alcanzar sus objetivos. La conquista del poder por el proletariado, punto de partida de la obra de construcción económica comunista, implica la supresión violenta e inmediata de los órganos democráticos, que serán reemplazados por los órganos del poder proletario: los Consejos obreros. Desposeída así la clase de los explotadores de todo derecho político, podrá realizarse el sistema de gobierno y de representación de clase, la dictadura del proletariado. La supresión del parlamentarismo es, pues, un objetivo histórico del movimiento comunista. Decimos más: la primera forma de la sociedad burguesa que debe ser derrocada, antes que la propiedad capitalista y antes que la propia máquina burocrática y gubernamental, es precisamente la democracia representativa.

3. Esto vale también para las instituciones municipales y comunales de la burguesía, a las que es falso, desde el punto de vista teórico, oponer a los órganos de gobierno, ya que su aparato es de hecho idéntico al mecanismo gubernamental de la burguesía. El proletariado revolucionario debe también destruirlas y reemplazarlas por los sóviets locales de diputados obreros.

4. Mientras que el aparato ejecutivo militar y político del Estado burgués organiza la acción directa contra la revolución proletaria, la democracia constituye un medio de defensa indirecta al difundir entre las masas la ilusión de que pueden realizar su emancipación mediante un proceso pacífico y de que el Estado proletario puede también adoptar la forma parlamentaria, con derecho de representación para la minoría burguesa. El resultado de esta influencia democrática sobre las masas proletarias ha sido la corrupción del movimiento socialista de la Segunda Internacional, tanto en el terreno de la teoría como en el de la acción.

5. Actualmente, la tarea de los comunistas en su obra de preparación ideológica y material de la revolución es ante todo liberar al proletariado de esas ilusiones y de esos prejuicios difundidos en sus filas con la complicidad de los viejos líderes socialdemócratas, que lo desvían de su camino histórico. En los países donde el régimen existe desde hace mucho tiempo y se ha arraigado profundamente en los hábitos de las masas y en su mentalidad, así como en la de los partidos socialdemócratas tradicionales, esta tarea reviste una importancia particular y ocupa el primer lugar entre los problemas de la preparación revolucionaria.

6. En el período en que la conquista del poder no se presentaba como una posibilidad cercana para el movimiento internacional del proletariado y en que tampoco se planteaba el problema de su preparación directa para la dictadura, la participación en las elecciones y la actividad parlamentaria podían ofrecer aún posibilidades de propaganda, agitación y crítica. Por otra parte, en los países donde la revolución burguesa está aún en curso y crea instituciones nuevas, la intervención de los comunistas en los órganos representativos en formación puede ofrecer la posibilidad de influir en el desarrollo de los acontecimientos para que la revolución llegue hasta la victoria del proletariado.

7. En el período histórico actual (abierto por el fin de la guerra mundial con sus consecuencias sobre la organización social burguesa; por la revolución rusa, primera realización de la conquista del poder por el proletariado, y por la constitución de la nueva Internacional en oposición a la socialdemocracia de los traidores) y en los países donde el régimen democrático ha completado desde hace mucho tiempo su formación, no existe, por el contrario, ninguna posibilidad de utilizar la tribuna parlamentaria para la obra revolucionaria de los comunistas, y la claridad de la propaganda, no menos que la preparación eficaz de la lucha final por la dictadura, exigen que los comunistas lleven a cabo una agitación por el boicot de las elecciones por parte de los obreros.

8. En estas condiciones históricas, siendo el problema central la conquista revolucionaria del poder por el proletariado, toda la actividad política del partido de clase debe consagrarse a este objetivo directo. Es necesario quebrar la mentira burguesa según la cual todo choque entre los partidos políticos adversarios, toda lucha por el poder, se desarrolla en el marco del mecanismo democrático, a través de las elecciones y los debates parlamentarios. No se podrá lograr esto sin romper con el método tradicional que consiste en llamar a los obreros a votar —junto a los miembros de la clase adversaria— sin poner fin al espectáculo de delegados del proletariado trabajando en el mismo terreno parlamentario que sus explotadores.

9. La peligrosa concepción que reduce toda acción política a luchas electorales y a la actividad parlamentaria ha sido demasiado difundida por la práctica ultraparlamentaria de los partidos socialistas tradicionales. Por otra parte, el disgusto del proletariado por esta práctica de traición ha preparado un terreno favorable a los errores de los sindicalistas y de los anarquistas que niegan todo valor a la acción política y a las funciones del partido. Por eso los partidos comunistas no obtendrán nunca un amplio éxito en la propaganda por el método revolucionario marxista si no apoyan su trabajo directo por la dictadura del proletariado y por los consejos obreros en el abandono de todo contacto con el engranaje de la democracia burguesa.

10. La muy grande importancia atribuida en la práctica a la campaña electoral y a sus resultados, el hecho de que durante un período muy largo el partido le consagre todas sus fuerzas y todos sus recursos (hombres, prensa, medios económicos) contribuye, por un lado, a pesar de todos los discursos públicos y de todas las declaraciones teóricas, a reforzar la sensación de que es precisamente esa la acción central para los fines comunistas y, por otro, provoca el abandono casi completo del trabajo de organización y de preparación revolucionaria, dando a la organización del partido un carácter técnico totalmente contrario a las exigencias del trabajo revolucionario legal o ilegal.

11. Para los partidos que, por decisión de la mayoría, han pasado a la Tercera Internacional, el hecho de continuar la acción electoral impide la selección necesaria; ora bien, sin la eliminación de los elementos socialdemócratas, la Tercera Internacional faltará a su tarea histórica y no será el ejército disciplinado y homogéneo de la revolución mundial.

12. La naturaleza misma de los debates en el parlamento y demás órganos democráticos excluye toda posibilidad de pasar a la crítica de la política de los partidos adversarios, a una propaganda contra el principio mismo del parlamentarismo, a una acción que sobrepase los límites del reglamento parlamentario. De la misma manera es imposible obtener el mandato que da derecho a la palabra si se rehúsa someterse a todas las formalidades establecidas por el procedimiento electoral. El éxito de la esgrima parlamentaria solo será función de la habilidad para manejar el arma común de los principios sobre los que se funda la institución misma y de las argucias del reglamento; del mismo modo, el éxito de la campaña electoral se juzgará siempre y únicamente por el número de votos o de mandatos obtenidos. Todos los esfuerzos de los partidos comunistas por dar un carácter completamente diferente a la práctica del parlamentarismo no podrán no conducir al fracaso de las energías gastadas en este trabajo de Sísifo. La causa de la revolución comunista exige imperiosamente que se gasten, por el contrario, en el terreno del ataque directo al régimen de la explotación capitalista.

RECIENTES PROGRESOS DE LA DIALÉCTICA MATERIALISTA EN TROTSKY Y SUS EPÍGONOS

Es sabido que León Davídovich se precia de ser un dialéctico impecable y que sus discípulos, como los de *Contre le courant*, *Redressement Communiste*, *Prometeo*, el *Leninbund*, etc., se las arreglan más o menos felizmente recurriendo a la dialéctica materialista.

Basta leer la respuesta de León Trotsky a un decista (es decir, un camarada de la oposición del Centralismo Democrático del grupo de los 15: Sapronov, Smirnov, etc.) para ver cómo el ex jefe del Ejército Rojo elude las preguntas precisas del camarada decista oponiéndole a cada paso la palabra dialéctica. Parece que esta expresión, en el gran jefe que descubrió en 1929 en la prensa y la edición burguesas un medio equivalente al "vagón sellado" de Lenin (¡), asume un significado esotérico incomprensible.

En menos de un año, León Trotsky nos ha renovado periódicamente las pruebas de una incoherencia que no juzgamos en absoluto dialéctica. Nos ofrece análisis de la situación rusa que son cada uno contradictorio con el otro. Extrae de ellos conclusiones que son el trastrocamiento de todo el método materialista y dialéctico. Evidentemente, para Trotsky y sus seguidores, la palabra dialéctica se ha vuelto sinónimo de inconsecuencia.

Para quienes hayan leído todos los diferentes documentos que Trotsky (cartas y artículos aparecidos en su mayoría en *Contre le Courant*, órgano de la oposición de izquierda (¡) en el PCF), no les será difícil seguirnos en el examen y la crítica que vamos a intentar de la actividad ideológica del jefe de los Enderezadores de la Comintern.

En uno de estos documentos, aparecido en *Redressement Communiste* bajo el título de "Nueva Etapa", León Trotsky, en el curso de un análisis extremadamente contradictorio con las conclusiones que extrae de él, nos dice que la degeneración de la dictadura proletaria se encuentra en una fase de "prekerenskismo a la inversa...". Conclusión: la dictadura del proletariado existe todavía.

Algún tiempo después, en un artículo que se refiere al mismo período y que aparece en *Contre le Courant*, el mismo Trotsky nos anuncia que en Rusia nos encontramos en una fase de "kerenskismo a la inversa". Pero nos dice al mismo tiempo que el kerenskismo a la inversa no es bonapartismo, sino "prebonapartismo". Y en una carta a los obreros rusos y de los demás países aparecida también en *Contre le Courant*, niega haber afirmado que la dictadura del proletariado hubiera desaparecido en Rusia. Conclusión: el kerenskismo a la inversa, el prebonapartismo son "todavía" la dictadura del proletariado.

Se ve muy bien que nuestro gran teórico ha enriquecido el materialismo histórico con dos sensacionales descubrimientos: el prekerenskismo y el prebonapartismo. En cuanto a la base analítica de estas revelaciones, se encuentra en otro interminable artículo de Trotsky en *Contre le Courant*, donde la naturaleza originaria de estos dos fenómenos políticos se justifica como el producto de un período de varios años de reacción en el interior de la dictadura proletaria.

Aquí está claro que el adversario de Stalin se sitúa en un terreno puramente lógico y antidialéctico. Olvida la diferencia de calidad que separa la dictadura proletaria de la dictadura burguesa. Una se define por su proceso de ampliación al gobierno directo de todos los obreros y, a través de la supresión de las clases no proletarias, a la abolición del Estado. La otra se caracteriza por la concentración del poder directo en manos de un aparato especial, guardián del equilibrio de las clases y del medio social actual.

Si se considera la diferencia profunda admitida por Marx entre las dictaduras obrera y burguesa, la premisa trotskista de una naturaleza proletaria del prekerenskismo y del prebonapartismo se derrumba completamente. Si la dictadura del proletariado ya no es la clase obrera organizada como Estado, si el proletariado no se expresa a través de sus órganos como una fuerza revolucionaria respecto a las otras fuerzas de clase, ¿qué queda de ella? Cuando una minoría o una fracción extensa compuesta de "advenedizos de la clase obrera" (la palabra no nos pertenece, es del propio Trotsky) reacciona sobre el resto, cuando arrastra modificaciones políticas y económicas reaccionarias, cuando se organiza como capa social dominante respecto a la otra parte, es decir, respecto al verdadero proletariado, a aquellos que han seguido siendo proletarios, cuando se mantiene en la dirección política reforzando la opresión de esos proletarios y haciendo compromisos con sus explotadores, ¿se puede suponer que la dictadura está en manos del proletariado, o bien que está concentrada en manos de un aparato estatal conservador, según el sistema burgués?[4]

El paso decisivo que separa la dictadura proletaria del Estado burgués no está por franquear. Ha sido franqueado. La determinación de la degeneración actual se remonta a la NEP, al compromiso inicial entre los elementos proletarios y burgueses de la revolución rusa, que creó un abismo entre la revolución rusa y la revolución en Occidente, que ofreció una base económica para el aburguesamiento del aparato proletario, de los funcionarios, empleados, etc., y que finalmente retornó y fijó la revolución rusa en una fase infantil y burguesa. Fue la NEP la que marcó el fin de la hegemonía proletaria.

Es patente que no se trata para el propio Trotsky "de una reacción en el interior de la dictadura proletaria", sino de un proceso de diferenciación económica y social en el seno de la clase obrera. El mérito de haber previsto plenamente este proceso de diferenciación corresponde a Miasnikov, quien en 1922, criticando la manera en que el propio Lenin

4 Queremos señalar a este respecto que la palabra *casta*, que empleamos para caracterizar esta enorme capa de advenedizos evaluada en más de 2 millones por Sizoff en un reciente artículo de *La Lucha de Clases*, nos ha sido reprochada injustamente por los epígonos marxistas (trotskistas-bordiguistas) de *Prometeo*. La palabra *casta* es adoptada por el propio Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* cuando afirma que Napoleón el Pequeño se vio obligado a apoyarse, en el equilibrio de las otras clases, en una casta artificial. No hace falta decir que en Rusia no se trata de la casta creada artificialmente por Luis Bonaparte. Aquí hay una base objetiva para que esta casta se desarrolle, se convierta en una clase. Esta base objetiva es el capitalismo de Estado (que la escuela bujariniana llama industria socialista y que *Prometeo* no teme calificar de industria socializada), y sus relaciones con el mercado libre creado por la NEP. Esa es una base económica que da a esta casta el carácter de una clase en desarrollo, muy diferente de la casta parida por la "idea napoleónica". Pero la diferencia entre la casta de 1851 en Francia y la casta de 1929 en Rusia no debe hacer olvidar lo que tienen en común: ciertos privilegios garantizados por una cierta organización estatal. Observamos que *Prometeo* se aferra con ahínco a nuestro estilo: también ha intentado ridiculizar nuestra expresión de "capitalismo puro". No se da cuenta de que hemos adoptado esta expresión para parodiar a Varga, que la usa muy a menudo en sus informes sobre la situación económica.

aplicaba la NEP (Miasnikov no condenaba completamente la NEP como hacemos hoy nosotros y como hicieron mucho antes que nosotros los camaradas del Partido Comunista Obrero de Alemania, no dejaba de subrayar el peligro de la división de la clase obrera rusa en dos partes.

Como hemos señalado más arriba, esta diferenciación, que lleva a una parte de la clase obrera fuera de las posiciones económicas y sociales verdaderamente proletarias, ha provocado el cambio de calidad en el aparato gubernamental. Ahí está el salto de la cantidad a la calidad del que Trotsky, Treint y otros "dialécticos" nos llenan los oídos. Solo que los adversarios del "austromarxismo a la inversa" se niegan a verlo en la realidad, so pretexto de que debe manifestarse como un vuelco de una pieza, por un Octubre a la inversa, un "Termidor", una "semana sangrienta", un "dos de diciembre" (se ve que las falsas analogías históricas no faltan y dejan el embarazo de la elección).

En este terreno, hemos opuesto a *Prometeo* (y esto porque se jactaba de ser la fiel imagen del pensamiento bordiguista) algunas líneas de Bordiga contenidas en la Plataforma de la izquierda, donde planteaba la doble hipótesis de un "golpe" en el interior de Rusia y de una absorción "progresiva" de la vida social y política por los elementos burgueses. Es imposible equivocarse sobre esta alternativa, que encierra dos proposiciones en evidente contraste. Sin embargo, *Prometeo* pretende ver ahí una única hipótesis, y se permite aconsejarnos luego que no busquemos interpretar a Bordiga y a Trotsky, que no tienen mejores intérpretes que ellos mismos.

En cuanto a Trotsky, tenemos que, entre tantas interpretaciones incoherentes, intentar poner nosotros mismos un poco de orden.

¿Ha tenido lugar el salto dialéctico? Podríamos afirmarlo según el propio Trotsky, ya que nos habla de kerenskismo a la inversa, y al mismo tiempo cita (Carta al instituto histórico de Moscú) una frase de Lenin donde este define el kerenskismo como un bonapartismo podrido. Ahora bien, el bonapartismo, para Trotsky, solo puede producirse mediante un salto, mediante un golpe de Estado, y con ese fin busca incluso en el comparsa Voroshílov un embrión de Bonaparte ruso.

Pero Trotsky oscila perpetuamente entre dos imágenes de la crisis rusa, entre dos definiciones —tan antidialécticas como sea posible— del kerenskismo a la inversa. En una, las posiciones se invierten con respecto al kerenskismo de 1917, es decir, que la neoburguesía y su Bonaparte ocupan en 1929, bajo Stalin, la posición ascendente que ocupaban el proletariado y el partido de Lenin bajo Kerenski y viceversa. Pero asimilar las formas de gobierno que resultan en uno y otro caso equivale a afirmar una identidad de calidad entre la clase burguesa y el proletariado, entre el poder de los burgueses y el de los obreros, a hacer de las dos clases en lucha como las dos cabezas de una figura de naipes. En la otra, se trata de la película de Octubre proyectándose al revés, es decir, que los actores no cambian de papeles, conservan sus atributos y su lógica propia, salvo que esta lógica procede a la manera de los cangrejos, que la piedra vuelve a la mano que la lanzó y que los papeles se recitan de la última sílaba a la primera. No tendremos la crueldad de insistir más tiempo sobre los méritos de este determinismo histórico perfeccionado a marcha inversa, cuya patente pertenece sin duda al fabuloso autor de la máquina de Chicago, que en caso de mala venta de salchichas devolvía el cerdo vivo.

Puesto contra la pared por el obrero Borodaï, que pide tocar con el dedo lo que queda de la dictadura proletaria, Trotsky habla de dialéctica, de heterogeneidad del partido y de dualidad de poder. No hace falta ser dialéctico para constatar la heterogeneidad de un partido donde los obreros conviven con una imponente mayoría de funcionarios y de rurales, y donde el número de células podridas supera con creces al de las partes sanas. Pero la dialéctica se vuelve necesaria para sintetizar los aspectos contradictorios de la realidad, para reconstituirla en su unidad. El obrero Borodaï, en cambio, percibe los rasgos fundamentales de esa realidad: una clase obrera numéricamente débil, jerarquizada por diferencias considerables de salarios y de privilegios políticos, un partido y un Estado cuyo funcionamiento burocrático escapa al control de los proletarios por la interposición de un enorme aparato aburguesado, células y sindicatos cuyo papel capital es imponer, en nombre de una fraseología obrera, la aceleración del trabajo y el castigo de las "cabezas duras"; todo ello constituye un estado de cosas que no tiene varios nombres. Sin embargo, el dialéctico Trotsky se niega a ver más allá de la bipopularidad, de la heterogeneidad del Partido, de una dualidad de principio de la que extrae arbitrariamente la noción de una dualidad de poder. Se niega a ver que el polo "burgués" ustrialovista del poder, y el polo "proletario" trotskista están ambos integrados de hecho en el aparato gubernamental, en el neobonapartismo de Stalin oscilando entre las clases.[5]

Aquí encontramos de nuevo las burlas de *Prometeo*, que pretende reírse de nosotros a costa de Marx y de Engels en persona: "¡Un Estado que oscila entre las clases, un Estado burgués!", exclama. Ahora bien, para Engels, el bonapartismo tiene un carácter "aparente entre las clases" (*Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*). Intermediario aparente, porque todo gobierno que se presenta como intermediario entre la burguesía y el proletariado hace en realidad el juego de la burguesía. "Solo el jefe de la sociedad del 10 de diciembre —señala K. Marx en *El 18 Brumario*— puede salvar a la sociedad burguesa." Este es el grito de la burguesía francesa en 1851. Pero eso no es todo. Marx llega incluso a llamar a Luis Bonaparte "el hombre que personifica a la burguesía". Y sin embargo, es el propio Marx, y no solo Engels, quien nos afirma en la misma obra que solo bajo Napoleón III "el Estado se nos aparece por primera vez en la plena posesión de su independencia". Ocurre lo mismo, según Engels, con el gobierno de Bismarck; también él oscila entre las clases, también él es sin embargo un gobierno burgués. Cuando *Prometeo* cree burlarse de nosotros atribuyéndonos la opinión de que el gobierno de Nitti oscilaba entre las clases, nos atribuye bienes ajenos. Se trata de una afirmación de Bordiga que se encuentra, creemos, en un artículo que tuvo que escribir sobre *El 18 Brumario* de Karl Marx.

En suma, en los grandes maestros del materialismo histórico, el Estado bonapartista es en el fondo un Estado burgués del tipo más acabado, "todavía en potencia". La historia ha confirmado el pensamiento de Marx y el de Engels: es a través de los gobiernos de Luis Bonaparte y de Bismarck que la burguesía llegó a su plenitud económica y de ahí a su hegemonía total.

En cuanto a la dictadura proletaria, la teoría enseña que no puede ni desarrollar el socialismo ni conservarse a sí misma si no desarrolla la revolución proletaria en el terreno

5 Aquí se trata de las dos tendencias políticas entre las que oscila el bonapartismo de Stalin, y no de la persona de los camaradas víctimas de su opinión.

internacional. Esto es particularmente cierto para un país poco desarrollado desde el punto de vista industrial. Ahora bien, la revolución proletaria no se desarrolló en 1919-1920 en los países occidentales con la misma amplitud que en Rusia, y su fracaso llevó al partido bolchevique a realizar una retirada en el terreno económico y político. ¿Qué quedaba por hacer a los bolcheviques de 1921 frente a una situación interior difícil? Habían hecho en 1920, con la marcha sobre Varsovia, un supremo intento por acelerar el desarrollo revolucionario en Occidente, aunque no supieron sacar todo el provecho posible de esa acción, que Trotsky, al parecer, considera un error. En 1921, solo había dos salidas para los comunistas rusos: o bien la lucha desesperada y heroica contra las fuerzas interiores y exteriores de la reacción y "muy probablemente" el aplastamiento y la muerte en la lucha, o bien el compromiso con las fuerzas burguesas, el abandono sin resistencia de las posiciones revolucionarias, la absorción suave de las fuerzas comunistas en las nuevas relaciones burguesas de producción introducidas por la NEP.

La NEP vino a demostrar esta verdad: que si el Estado burgués y la clase burguesa deben ser aniquilados para que pueda desarrollarse la política propia de los obreros, es decir, la expropiación de los explotadores y la supresión de la explotación, si es por consiguiente imposible que la revolución proletaria coexista con las formas burguesas de vida y de gobierno, no es en absoluto imposible que un gobierno obrero, en ciertas condiciones, se alíe pacíficamente a una política burguesa, y abandone por ella una revolución proletaria comenzada, fijándola en la fase burguesa.

Mientras no haya modificado profundamente las condiciones sociales heredadas del capitalismo, mientras se limite a la esperanza, a la posibilidad concedida al proletariado de realizar su misión histórica, la revolución y la dictadura del proletariado pueden extinguirse lentamente; la burguesía puede retomar las riendas por intermediación de los hombres de confianza de la clase obrera y, bajo la máscara de la acumulación socialista, puede reintroducir la explotación que es su base de desarrollo social.

Si se admite que la NEP era, en 1921, la única salida, se reconoce, por eso mismo, la hegemonía de las fuerzas burguesas en la revolución rusa, se reconoce que el proletariado no tenía todavía la conciencia revolucionaria internacionalista de su papel de clase, se reconoce que la hegemonía del PCR no expresaba la de la clase obrera, sino que era una formación política donde se manifestaban las contradicciones de varias clases.

Esta manera de enfocar el problema merecería una crítica fundada en un análisis muy profundo de todo el desarrollo histórico ruso e internacional. Es una concepción que tiene aspectos fuertes y aspectos débiles; pero que no se puede refutar mediante consideraciones a priori.

Así, esta concepción no lleva a las posiciones socialdemócratas y mencheviques que eran las de Zinoviev y Kamenev en 1917. Estos últimos eran contrarrevolucionarios porque se oponían al desarrollo ulterior de la revolución, desarrollo en el que el proletariado tenía que participar, aunque no fuera más que un camino hacia la etapa auténticamente proletaria. Un marxista y un comunista tiene derecho a considerar como burgués el contenido de la revolución rusa de 1917-1921; si ese camarada tiene en vista los intereses de la revolución, no hay que tratarlo de menchevique y de contrarrevolucionario. Tampoco se pueden condenar como tales ciertos movimientos dirigidos contra la hegemonía

revolucionaria de los bolcheviques, que bien podrían tener las fuentes de clase más auténticamente proletarias.

La rebelión de los marineros de Kronstadt merecería hoy un análisis más objetivo y más profundo que las observaciones superficiales que le dedicó Lenin en su *Impuesto en especie*. La cuestión es saber si no se trataba de un movimiento más revolucionario que el de los bolcheviques. En todo caso, los bolcheviques nunca han podido probar que ese movimiento estuviera vinculado a las fuerzas reaccionarias de la burguesía internacional, y nunca podrán persuadir a revolucionarios consecuentes de que esos mismos marineros rojos y proletarios, vanguardia del movimiento de clase en 1905 y 1917, se hubieran convertido de repente, en 1921, en hijos de campesinos e incluso de kuláks...

La retirada a las posiciones de la NEP ha sido legitimada por todos los epígonos del leninismo e incluso por los elementos de la Oposición Obrera. Miasnikov y el Grupo Obrero Comunista Ruso creyeron que la posición transitoria de la NEP podía, en ciertas condiciones, servir de base a un nuevo impulso de las fuerzas socialistas en Rusia, en caso de reanudación del movimiento revolucionario internacional. Pero el compromiso inicial no podía sino arrastrar otros; no había tregua posible entre la revolución y la contrarrevolución, entre la marcha al socialismo y la marcha al capitalismo. La NEP, económica y socialmente, no significaba, como afirmaron los leninistas, una "alternativa" entre el socialismo y el capitalismo, sino una "ambigüedad": la marcha del capitalismo bajo la máscara del socialismo. Políticamente, la NEP constituía la premisa de una contradicción fundamental entre el desarrollo de la revolución en Occidente y la reconstrucción de una economía en Rusia. De hecho, hacía ilusoria desde el origen la conjunción entre los bolcheviques rusos y las fuerzas revolucionarias ascendentes de Europa Central y Occidental. Miasnikov quería paliar las consecuencias de la NEP estableciendo la alianza de los bolcheviques con las ultrazquierdas, en lugar del compromiso de los bolcheviques con los socialdemócratas. Olvidaba que la propia NEP impedía a los bolcheviques buscar la alianza con el extremismo.

La vía de la lucha proletaria desesperada era, pues, la única salida revolucionaria. Implicaba los mismos deberes para los obreros rusos y para los comunistas de los países occidentales. Se fundaba en esa filosofía de la ofensiva que Trotsky (el hombre de la revolución permanente) encontró la manera de condenar en el III Congreso de la Internacional Comunista.

Esta filosofía de la ofensiva, que nos vale de parte de Paz la calificación de mencheviques, es sin embargo la que incluso los derechistas Bujarin, Humbert-Droz, Brandler, etc. preconizaron durante el ascenso revolucionario de 1920-1921; es la que Marx admira en las figuras viriles de la revolución burguesa de 1789-93. Es bien ella la que anima los artículos de *Contra la corriente* de Lenin y Zinoviev (y no, por supuesto, el de Paz y Delfosse).

Es esta filosofía de la ofensiva la que, en el terreno de la revolución permanente, impulsaba a Marx a considerar como única salida para una revolución proletaria en Francia en 1848 la guerra revolucionaria contra Europa. Es ella también, sin duda, la que le hizo ver en Blanqui la personificación de esa "ofensiva" que podía, ya en el siglo XIX,

sacudir en sentido proletario la Europa burguesa y semicapitalista, como había trastornado ya la Europa feudal por los ejércitos de Napoleón.

Pero la filosofía de la ofensiva, la Revolución permanente, la guerra revolucionaria, esa bandera roja que los bolcheviques en 1917 agitaban ante los ojos de la Europa aterrorizada, la NEP la ha enrollado prudentemente. Los comunistas han olvidado el párrafo final de Marx en *La miseria de la filosofía*: "Solo en un orden de cosas donde no haya ya clases ni antagonismos de clases, cesarán las revoluciones sociales de ser revoluciones políticas. Hasta entonces, en vísperas de cada remodelación general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre: 'El combate o la muerte: la lucha sanguinaria o la nada. Así es como la cuestión se plantea invenciblemente' (George Sand)".

¿Es posible afirmar hoy que esta opción no se planteaba ante la Internacional Comunista en 1921? ¿Se puede decir que solo la muerte esperaba en la lucha suprema a los batallones de la revolución? ... ¿Quién sabe si la ofensiva furiosa de la revolución rusa (lo que León Trotsky llamaría hoy política de aventura) no habría despertado las energías que existían en potencia en las masas proletarias de Europa y del mundo entero?

Y sobre todo, ¿cómo es que Trotsky y los demás enderezadores y don Quijotes del leninismo no ven en ese momento histórico decisivo, en ese momento en que dos salidas decidían la hegemonía proletaria en Rusia, el salto dialéctico, ese famoso cambio de la cantidad en calidad que aún esperan hoy como los hombres de la Edad Media esperaban el Apocalipsis? ¿No será porque fueron en ese salto dialéctico lo que han seguido siendo desde entonces, los reformistas vacilantes que las fuerzas económicas y sociales han triturado en su engranaje?

Es por eso que hoy no ven que es falso llamar dictadura del proletariado a un gobierno que, por su propio reconocimiento, desarrolla las fuerzas de la burguesía; que es falso, después de tal error, pretender ser marxistas y dialécticos.

El análisis de Marx en 1871 sobre la base de la experiencia de la Comuna de París es un progreso respecto a la intuición histórica contenida en el *Manifiesto Comunista*. Las conclusiones que Marx extrajo de la Comuna, conclusiones de gran valor para la lucha de clases en Occidente, fueron, es verdad, desfiguradas por la socialdemocracia. Lenin contribuyó a devolverles su verdadero aspecto. Pero hay que señalar que las conclusiones que extrajo del análisis marxista y de la experiencia rusa no superan las conclusiones de Marx e incluso marcan cierta regresión respecto a la concepción marxista y engelsiana de la dictadura del proletariado, regresión igualmente sensible en la teoría y en la acción.

Así pues, el leninismo no es aquí un complemento moderno del marxismo, del mismo modo que la revolución rusa no es en sus resultados una superación de la Comuna de París. El leninismo marca una regresión respecto al marxismo. En Marx, la democracia obrera no se identifica con la dictadura del partido. Lo que se puede extraer de la concepción marxista es la necesidad de la élite proletaria, que no domina a la clase obrera sino que es simplemente una expresión ideológica y organizativa de ella, que tiende al desarrollo por el cual la revolución, el socialismo, se identificarán con la clase misma en

su totalidad. El papel del Partido no es un papel de supremacía que tiende a perpetuarse, es un papel de educación, que completa la conciencia política de la clase obrera.

Si la acción del partido no contribuye al desarrollo del Estado-clase, la dictadura del proletariado, la democracia obrera, etc., quedan como puras expresiones teóricas. En la práctica, el leninismo ha asestado un golpe mortal a la Dictadura de clase mediante la subestimación, la negación del papel de los consejos de fábrica, que eran la base viva de la democracia obrera. Ha adormecido esa base, cuya pasividad sorprende hoy. Al mismo tiempo, el leninismo tiende a una justificación ampliada del burocratismo. En Marx, reina la más estricta intransigencia respecto a esa manifestación que quisiera suprimir completamente. ¿Por qué la preocupación por el peligro burocrático ocupa en el análisis de Marx un lugar tan importante? ¿Por qué marca en ese punto preciso la diferencia entre el Estado burgués y el Estado obrero? Evidentemente porque Marx vio en ese peligro el retorno de las fuerzas burguesas al poder. Es un elemento de gran importancia teórica, porque prueba que Marx no descartó la hipótesis de un retorno del poder burgués, incluso sin el "salto dialéctico". Si la pureza de la democracia obrera no alcanza un máximo posible, puede degenerar fácilmente. Creemos que esta diferencia, en apariencia borrada, diferencia que solo una crítica objetiva del leninismo y del marxismo puede poner de relieve, explica la actitud de los actuales dialécticos de la escuela leninista, Trotsky y consortes... E incluso parece que los epígonos leninistas, Trotsky, etc., exageran el defecto fundamental del leninismo cuando identifican kerenskismo a la inversa y dictadura proletaria. Porque, aunque admitiendo la burocracia, Lenin no identificaba su existencia con la de la dictadura proletaria, no identificaba el Estado obrero con el Estado burocrático de la burguesía...

Y sin embargo, a esa horrible caricatura del marxismo revolucionario es a donde han llegado ahora, León Davídovich. He aquí el abandono, la traición doctrinal que ustedes reprochan tan gustosamente a los demás, a la manera del primer filisteo bolchevique venido. ¿Cree acaso Trotsky que el marxismo debe morir con él y con esa deformidad repugnante de la dictadura proletaria que es el "kerenskismo a la inversa"?... No, la inexorable dialéctica de la historia no necesita de las contradicciones de Trotsky consigo mismo para probar que el proletariado es la única fuerza que puede destruir el orden burgués y reemplazarlo por la economía socialista, ya que el hombre que frente al kerenskismo de 1917 adoptó los medios de la violencia revolucionaria, trata hoy de aventureros de la política a los elementos que quieren adoptar esos mismos medios contra el kerenskismo de 1928-29, y ya que preconiza con ahínco la reforma frente a la opresión estalinista.

La historia dejará a Trotsky en su reformismo, ya que esa es la orilla en la que ha encallado finalmente el espíritu del jefe del Ejército Rojo, ya que tales son los últimos resultados, los últimos progresos de la dialéctica en León Trotsky y sus epígonos.

LAS CONDICIONES HISTÓRICAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

En Rusia, antes de la revolución de 1917, había un proletariado industrial de 6 millones de obreros realmente implicados en el proceso de producción. Multipliquemos esta cifra por 2,5 para obtener la cifra exacta del proletariado industrial en su conjunto, y obtenemos 15 millones. Esto representa el 8% de la población rusa de la época (180 millones). Este grupo tan reducido, en 1917, derrocó al zarismo y al capitalismo, desposeyó al capital y a los terratenientes e introdujo el comunismo en la industria, los transportes y el comercio. ¿Cómo fue posible? ¿Cómo pudo una fuerza tan pequeña manifestarse con efectos tan grandes? Solo a causa de las condiciones de producción y de las relaciones de clase particulares de Rusia.

El capitalismo estaba poco desarrollado y, además, era casi exclusivamente de capital extranjero. El zarismo, la clase de los terratenientes y la burocracia estaban (al igual que el débil capitalismo) completamente quebrantados por la guerra. Pero ante todo: existía una clase que acudía en ayuda del proletariado: los campesinos pobres. Esta clase, extremadamente numerosa en Rusia (se cita la cifra de 20 a 25 millones de hombres), era la herencia de la servidumbre. Quería desposeer a los terratenientes y repartir sus tierras entre sus miembros. Un solo partido tenía la voluntad de ayudarlos: los bolcheviques. Fue por eso que los apoyaban. Fue solo con la ayuda de los campesinos pobres que los obreros industriales, en pequeño número, lograron poner en práctica lo que parecía imposible: la construcción del comunismo. La Revolución de Octubre fue incluso fácil y rápida.

Si, pues, las relaciones de clase explican la revolución misma, no explican menos la forma de la revolución.

En Rusia, los obreros eran todavía intelectualmente poco desarrollados, el analfabetismo era casi general. Los campesinos pobres se encontraban en un escalón aún más bajo, intelectualmente, que los obreros. Debido a esto, a esta situación de clase particular, no podía tratarse de una dictadura de clase de los obreros y los campesinos pobres. Solo la dictadura de un partido (los bolcheviques) podía conducir la revolución, refrenar la contrarrevolución, tomar el mando de los obreros y de los campesinos pobres, desempeñar su papel frente al extranjero, edificar el comunismo.

No podía haber sido de otro modo. Las relaciones de clase en Rusia hacían absolutamente necesaria la dictadura del partido y con ello también, en gran medida, la dictadura de los jefes.

La dictadura del partido y de los jefes y el arrastre de grandes masas no desarrolladas eran consideradas como algo natural en el pensamiento de los rusos, como algo que se produce naturalmente.

Pero las relaciones de clases tuvieron pronto otra consecuencia más.

Cuando se desencadenó la contrarrevolución, mientras la revolución en Europa se retrasaba todavía, y la miseria crecía en las terribles guerras contra la reacción y el extranjero (a pesar de las victorias obtenidas sobre esas potencias), entonces apareció este hecho: ese comunismo, edificado por una pequeña clase obrera y por una dictadura de partido con la ayuda de las grandes masas campesinas, no era en buena parte sino apariencia. La masa de los campesinos, a quienes los bolcheviques habían dado la tierra, y que por eso se habían convertido en propietarios privados y no en comunistas, exigió entonces la libertad de comercio. Los comunistas tuvieron que concederla, hacer concesiones al capital extranjero, servirse de las minas, de los pozos de petróleo, de los bosques, reintroducir en parte el capitalismo. Esas mismas relaciones de clase (en primer lugar la preponderancia del pequeño campesinado) que habían permitido a un proletariado reducido edificar el comunismo, lo forzaron pronto a abandonarlo en parte. No solo las relaciones rusas de clase, sino también las relaciones mundiales de clase, lo obligaron a ello. Como el proletariado mundial no acudía al rescate mediante la insurrección, Rusia quedaba sola. Y se demostraba que el comunismo no puede subsistir en un solo país.

Por tanto, las relaciones de clase rusas y mundiales se impusieron al comunismo ruso. El apoyo de una clase poco numerosa, la dictadura del partido y de los jefes ya no bastaron.

Si el proletariado mundial no acude ahora en ayuda del proletariado ruso haciendo la revolución, si la revolución mundial no tiene lugar, la revolución rusa perecerá.

Así se demostraría de nuevo la influencia, el poder de las fuerzas productivas, de una manera formidable, sin parangón.

Se vería a la revolución proletaria de 1917 (fue comunista en buena parte, a pesar del papel desempeñado por los campesinos) no hacer, mediante su victoria sobre el zarismo y la nobleza feudal, sino impulsar al poder a la burguesía rusa y a su democracia. Sería, pues, en el fondo, una revolución burguesa. Sin duda, los frutos que habría aportado al proletariado serían inapreciables. Porque ha mostrado al proletariado mundial los caminos y los medios para la toma del poder: los consejos obreros y la dictadura del proletariado.

Pero son las condiciones de producción y las fuerzas productivas: la estrechez del proletariado, las grandes empresas industriales en escaso número, la preponderancia de la agricultura, el número enorme de campesinos pobres y no comunistas, las que se habrían impuesto en la economía rusa, a pesar de los intentos gigantescos del proletariado ruso, y que le habrían hecho seguir el camino ordinario del feudalismo al capitalismo moderno y a la democracia burguesa, para no llegar al comunismo sino después de esa etapa solamente.

Mientras que antaño el proletariado fue utilizado como auxiliar por la burguesía en las revoluciones burguesas para derrocar el feudalismo y construir el Estado burgués, esta vez habría sido el propio proletariado, por su propio movimiento, el que habría edificado el Estado burgués.

Eso ocurriría si el proletariado mundial no acudiera en ayuda del proletariado ruso mientras aún es tiempo. Pero el poder de las fuerzas productivas y de las condiciones de producción, dominándolo todo, quedaría entonces probado de una manera inaudita.

Y con ello se verificaría la exactitud incontestable del materialismo histórico.

Herman Gorter

Diciembre de 1921.

¿HAY QUE CONQUISTAR LOS SINDICATOS O DESTRUIRLOS?

En el siglo pasado, al inicio del movimiento de la clase obrera, Karl Marx se sintió inclinado a considerar en los organismos sindicales las formas mediante las cuales la lucha de clases había desembocado en una lucha política y revolucionaria. Las experiencias del cartismo en particular contribuyeron a sustentar históricamente la opinión de Marx de que los sindicatos, escuela del socialismo, serían la arena de la Revolución. Este juicio no puede ser condenado si se considera el período histórico en que fue formulado.

Pero si nos remitimos a la época actual, hay que constatar que los sindicalistas han especulado indignamente sobre la antigua opinión de Karl Marx, para atribuir a las formas sindicales la exclusividad del papel revolucionario. Es un hecho generalmente ignorado en Francia e Italia que Marx, como observador escrupuloso del desarrollo de la lucha de clases y como adversario infatigable de toda conclusión dogmática, no dejó en absoluto de revisar su punto de vista a la luz de la experiencia histórica. Se dio cuenta de que los sindicatos, atascados en las arenas de la resistencia económica, ya no eran los órganos naturales de la lucha de clases, como aún afirman los epígonos de la escuela leninista (trotskistas, bordiguistas, brandleristas, etc.), sino que su función se limitaba a resistir la tendencia de los capitalistas a reducir al mínimo posible los costes de existencia del capitalismo.

Es un hecho probado que esta resistencia de los sindicatos no puede aportar ninguna mejora real y general en la situación obrera. La lucha económica en los límites de la sociedad capitalista solo permitiría al obrero perpetuar su vida de esclavitud, incluso cuando las crisis de desempleo no vinieran a privar a amplias masas de sus medios de existencia.

Por otra parte, Marx observó que los sindicatos carecían del papel de educadores revolucionarios del proletariado. Y ese era, para él, el elemento esencial del desarrollo de la lucha de clases hacia la victoria del socialismo. Es evidente que ningún revolucionario podría perder de vista el punto de vista fundamental que contiene en sí mismo la liberación del proletariado y de la sociedad entera.

Lo que Marx no podía ver aún es el fin de las organizaciones sindicales en el pantano de la colaboración de clases. Eso es lo que hemos visto durante y después de la guerra.

Después de la guerra mundial y de la revolución rusa, dos tendencias se enfrentaron en el movimiento comunista, dos tendencias que daban al problema sindical soluciones completamente diferentes. Unos, los leninistas, preconizaban la necesidad de conquistar los sindicatos, es decir, de reemplazar a los jefes reformistas por jefes comunistas, o bien de revolucionar los sindicatos reformistas. Los otros, los extremistas de Alemania, los tribunistas de Holanda, preconizaban la destrucción de los sindicatos. A los sindicatos, como instrumentos de lucha directa de la clase proletaria, se oponían los consejos revolucionarios surgidos espontáneamente en Alemania durante los movimientos insurreccionales de 1918-1919.

No hace falta decir que estas dos tendencias no se manifestaban sin grados intermedios. Había aún elementos, ya fueran comunistas o sindicalistas, que preconizaban la salida de los sindicatos reformistas para formar sindicatos revolucionarios.

Hay que señalar que el leninismo ya había dado cuenta, sobre todo durante la guerra, de la naturaleza contrarrevolucionaria de los sindicatos y de la naturaleza burguesa de su burocratismo. Es muy extraño que este estudio no lo haya impulsado hacia posiciones radicales. Es que en 1920 la escuela leninista sintió la necesidad de captar la simpatía de las masas y así llevó al movimiento revolucionario al círculo vicioso de la conquista de los sindicatos. En realidad, la teoría según la cual los sindicatos serían los órganos naturales del proletariado no tenía ninguna justificación histórica. Aunque estos órganos hubieran sido tales en su origen, ya habían dado pruebas de su degeneración durante y después de la guerra. Ya no eran solo órganos no revolucionarios, como los había definido Marx, sino también órganos que habían llevado a la colaboración de clases, a la victoria de las fuerzas contrarrevolucionarias. Y no es sin desagrado que leemos en el discurso de Bordiga en el II Congreso del Komintern sobre la cuestión parlamentaria que "el sindicato, incluso cuando está corrompido, sigue siendo siempre un centro obrero". Esta afirmación es tan infantil que cualquiera puede captar su evidente inconsecuencia. Bordiga, que quiere legitimar la teoría de la conquista leninista, legitima la posibilidad de esa conquista incluso por los órganos sindicales reaccionarios, incluso por las corporaciones fascistas. Esta manera de enfocar el problema sindical es, por lo demás, abstracta y antihistórica. Si los sindicatos están corrompidos, no es ciertamente a causa de la existencia del reformismo. El reformismo es, al contrario, un producto de la evolución de los sindicatos en sentido contrarrevolucionario. El revisionismo en Alemania se desarrolla en la socialdemocracia y la domina, pero tiene sus raíces, su fuerza, en los sindicatos. La teoría de la conquista, que admite la regeneración sindical, parte evidentemente del punto de vista de que fuerzas exteriores han corrompido a los organismos de la resistencia proletaria y que hay que expulsarlas para poner en su lugar fuerzas revolucionarias. Si se parte de este punto de vista —que la corrupción sindical como fenómeno histórico

encuentra su razón de ser en la naturaleza del sindicato— no puede tratarse de querer conciliar las nuevas formas revolucionarias con las viejas formas anticuadas y corrompidas de la lucha de clases. Sin embargo, las élites políticas revolucionarias, cuyo embrión se encontraba ya en la socialdemocracia internacional antes y durante la guerra y que se manifestaron en los núcleos y partidos comunistas de la inmediata posguerra, son, según la teoría de la conquista, los órganos surgidos para revolucionar a las masas en el viejo organismo sindical. ¡Pero se va más lejos! Los consejos de fábrica, que no son el producto de una acción de conquista de las masas, los consejos de fábrica que se formaron sobre todo en Alemania después de la guerra y que entran en su forma y actividad revolucionaria en conflicto con los sindicatos, no tienen ninguna importancia para los teóricos de la teoría de la conquista. En efecto, la teoría de la conquista, cegándose ante el conflicto entre los sindicatos y los consejos, ha rebajado a estos últimos al nivel de órganos legalizados, subordinados a la línea contrarrevolucionaria de la CGT alemana.

Así, la naturaleza antidialéctica de la conquista se desprende de la experiencia histórica del movimiento alemán. Niega el conflicto entre los consejos revolucionarios y los sindicatos, es decir, entre las fuerzas proletarias en la fábrica y la burocracia sindical. Pretende emplear las nuevas fuerzas políticas para regenerar los sindicatos; pero toda la actividad de los conquistadores no impide que estas formas a regenerar se corrompan cada vez más. No impide la aplicación del arbitraje obligatorio; es más, las fuerzas de la conquista se ven obligadas a maniobrar en el medio de la colaboración de clases. El leninismo, que siempre se ha jactado de estar sobre todo en el terreno de la destrucción del Estado, no ha comprendido que los órganos corrompidos también debían ser destruidos. Frente a los sindicatos se ha manifestado totalmente reformista, cuando no reaccionario. La actividad revolucionaria de las élites políticas del proletariado nunca debería ponerlas a través del proceso histórico, nunca debería consistir en ocultar los conflictos y pretender resolverlos mediante un sistema de estrategia a la inversa.

La quiebra de esta estrategia leniniana nos parece hoy incontestable. Nadie podría negarlo si se consideran los resultados que acabamos de señalar. Y es el colmo de la inconsecuencia que los conquistadores se aferren aún como a una tabla de salvación a esta teoría que la experiencia histórica ha condenado definitivamente. No se conquistan las organizaciones corrompidas, se destruyen.

El extremismo infantil, contra el que el leninismo, envalentonado por esos éxitos temporales, dirige en 1920 los dardos de su ironía, no se dejó conmover en su teoría de la destrucción por la ola de entusiasmo que, en ese momento, cegó el espíritu de muchos revolucionarios. No se trataba de una teoría abstracta y antidialéctica que quisiera aplicar a la historia sistemas anodinos. El leninismo, a través de la gran difusión de sus teorías, de sus concepciones, ha logrado difundir una caricatura del extremismo. Y el propio Bordiga contribuye a desfigurar el extremismo cuando, en su discurso en el II Congreso del Komintern, lo asimila al sindicalismo. Ahora bien, la teoría "destructiva" del extremismo es precisamente antisindicalista. El sindicalismo idealiza las formas sindicales, ve en ellas eternamente la renovación de las fuerzas revolucionarias. En el sindicato, el socialismo alcanza su objetivo, sus formas perfectas.

En resumen, para esta teoría el sindicato es la única forma, la forma eterna, que siempre se rejuvenece en la lucha de clases. El sindicalismo identifica así la lucha de clases con el sindicato. Y en esto, no estaría muy lejos del leninismo, si la cuestión del partido no estuviera ahí para separarlos.

El radicalismo o extremismo se dio cuenta de las modificaciones que el proceso histórico ha aportado a las formas de la lucha de clases. Ve bien que lo que está corrompido no podrá curarse nunca. Es el producto de las experiencias de la historia de la lucha de clases en Alemania; es una fuerza viva que surge del desarrollo de la revolución. No es una teoría abstracta, como el sindicalismo, no es un anacronismo en la revolución proletaria de Europa occidental, como el leninismo.

En Alemania, el revisionismo había preconizado la colaboración de clases y, teniendo sus raíces en las organizaciones sindicales, había invadido todos los medios socialdemócratas. Estallada la guerra, el revisionismo triunfa. La burocracia sindical, la aristocracia obrera, ya habían infectado a la socialdemocracia y a los sindicatos. Eran el producto del desarrollo capitalista y, al mismo tiempo, de las formas puramente económicas que la lucha de clases había asumido. Estas formas puramente económicas de lucha por las reivindicaciones parciales habían alimentado en el seno de la clase obrera el socialchovinismo, la creencia de que las mejoras del proletariado eran posibles bajo el régimen capitalista. Es evidente que este prejuicio llevaba a los obreros a creer que su bienestar dependía sobre todo de la supremacía de su patria capitalista (este prejuicio está aún hoy muy extendido entre los obreros franceses). Así, la lucha por los medios de existencia había llevado, en sus formas sindicales, al umbral de la colaboración de clases. La guerra integró el aparato burocrático de los sindicatos en el aparato gubernamental de la burguesía (lo que ocurrió incluso en Francia para la CGT). La colaboración de clases fue proclamada oficialmente por los órganos sindicales, que negaron la posibilidad de la lucha de clases durante la guerra, que empujaron a los obreros a la guerra capitalista, como fieles servidores del imperialismo.

La clase obrera alemana se encontró así frente a un fenómeno histórico que convertía a órganos originariamente clasistas en armas dóciles en manos del capitalismo. Ciertamente, los sindicatos habían luchado por las ocho horas, por los aumentos salariales, habían sabido aprovechar los momentos de coyuntura económica para arrancar al capitalismo concesiones que se hicieron respetar incluso durante los períodos de crisis. Pero estas concesiones no eran sino relativas, si se considera el gigantesco desarrollo del capitalismo y de sus beneficios. Eran, como los acontecimientos posteriores lo han mostrado, extremadamente precarias. Los resultados de la lucha por los medios de existencia llevaron a la formación de sindicatos que englobaban a millones de obreros. En la cima de estos organismos se forma un aparato burocrático centralizado y numeroso. Esta capa burocrática, que extraía sus fuerzas sobre todo de la parte más privilegiada de la clase obrera, la aristocracia obrera, que nunca ha comprendido las aspiraciones de las capas inferiores del proletariado, no podía conservar el espíritu revolucionario y clasista. Al contrario, se desprendió totalmente en sus hábitos y sus ideas de la clase de la que provenía. Su ideología se volvió así capitalista y conservadora. En efecto, la conservación de esta capa social no era, no es todavía posible sino mediante la perpetuación del régimen capitalista. La revolución proletaria tiene como objetivo la supresión de todo lo que es parasitario en la sociedad. Ahora bien, el burocratismo no es sino un fenómeno

parasitario que el auge del capitalismo ha desarrollado, que las clases explotadoras han favorecido y apuntalado en su interés. El burocratismo estatal ha tenido un crecimiento formidable bajo la dominación burguesa, incluso en los países donde al principio no era sino un elemento despreciable. El burocratismo sindical ha caminado, en su desarrollo, de la mano del burocratismo estatal. En Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, estos dos elementos sociales no tienen ninguna diferencia entre sí. No es extraordinario que el burocratismo sindical haya absorbido la ideología burguesa; que haya intentado, con éxito a veces, la mistificación de la ideología proletaria y la corrupción de la propia clase obrera.

En su distanciamiento de la clase obrera como fuerza histórica revolucionaria, en su colaboración con el capitalismo, la burocracia sindical ha idealizado su condición social en una teoría de colaboración interclasista. Era natural que extendiera esta teoría a toda la clase obrera.

Hay gentes que explican el fenómeno de colaboración entre sindicatos y Estados como un fenómeno transitorio, como una consecuencia de una calma en la lucha de clases. Estos elementos idealizan el sindicato; hacen del sindicato una forma eterna de la lucha de clases. No captan la diferencia que existe entre el proceso entero de la lucha de clases y sus formas, que no son siempre las mismas. Estas gentes están inclinadas a creer incluso que, como negamos la idealización de las formas (que les es propia), negamos incluso la lucha de clases.

El propio Trotsky no se ha dado cuenta de que las formas naturales de la lucha de clases ya no son, desde hace algún tiempo, los sindicatos. Afirma en su documento sobre 1917 que, en otros países que no sean Rusia, los órganos de la revolución serán probablemente los comités de fábrica e incluso los sindicatos. Ahí hay una confusión evidente. En Trotsky, el eclecticismo llega hasta admitir que estas dos formas de la lucha de clases son idénticas. En esta concepción, el sindicalismo puro se mezcla con el radicalismo; la antítesis histórica de estas dos formas desaparece, y la ideología burocrática se asimila a la ideología puramente proletaria. El reformismo hace frente único con la revolución. Es, por lo demás, sorprendente que los elementos de *La Révolution Prolétarienne* no se hayan dado aún cuenta de este argumento que León Trotsky les presta con tanta ligereza. Estos elementos, a través del canal de la idealización de los sindicatos, han llegado hoy a la idealización del laborismo. Louzon, el líder teórico de la Liga Sindicalista, ha llegado, sobre la base de un determinismo geográfico (que no tiene nada que ver con el determinismo histórico y materialista), a encontrar el punto de reunión de lo económico y lo político en el laborismo inglés y belga. Ha resuelto práctica y consecuentemente, en el terreno ideológico de la Liga Sindicalista, los problemas de la revolución que Loriot había planteado teóricamente en su folleto. Ha dado una forma viva al fantasma ideológico de Loriot. Chambeland ha hecho más. Ha acercado prácticamente la Liga Sindicalista al laborismo. Ha hecho una apología muy diplomática de la conciliación obligatoria, a posteriori. Pierre Naville, que aún no ha encontrado una forma precisa para su surrealismo revolucionario, añade una nota apologética a este cuadro laborista: ¡la honestidad revolucionaria!

No se podría imaginar nada más grotesco que este papel de dirección en la revolución atribuido al sindicato. ¡El sindicato que ha quebrado todos los movimientos

revolucionarios, con su burocratismo colosal e infecto! ¡El sindicato que, en Rusia, es hoy el arma del Estado bonapartista para mantener el régimen del triángulo en las fábricas soviéticas! ¡El sindicato que, en Italia, ya no tiene lugar sino en las formas de la pura opresión del proletariado, en las corporaciones!

Las gentes que han idealizado el sindicato hasta hacer de él el órgano más sensible, incluso el más revolucionario durante la dictadura del proletariado, no han considerado los resultados de un siglo de lucha de clases. No han visto y no ven hoy todavía que la lucha de clases, si por un lado ha creado el sindicato, hoy, para alcanzar formas más elevadas, formas revolucionarias, ya no puede encontrar su expresión en las organizaciones sindicales. No comprenden que, si el punto de partida de la lucha de clases es puramente económico, el desarrollo de la conciencia proletaria supera históricamente el impulso puramente económico. La concepción de estas gentes rebaja la dialéctica materialista al nivel de una teoría puramente utilitarista. No ha comprendido que las formas económicas de la lucha de clases entran en contraste con las formas revolucionarias, precisamente porque las primeras tienden a poner un límite a las segundas. Ciertamente, la lucha económica ha ofrecido y ofrece aún un terreno de experiencia que, por lo demás, se restringe cada vez más. Las agitaciones económicas son incluso muy a menudo el punto de partida de las agitaciones revolucionarias (no siempre). Esta tendencia de los movimientos económicos a convertirse en movimientos políticos es un fenómeno que encuentra su razón en la naturaleza de las clases. Pero esta tendencia espontánea no podía servir por sí misma para la realización de la revolución. Sin eso, la revolución ya estaría cumplida desde hace mucho tiempo. El elemento de espontaneidad revolucionaria encontraba sus límites en la falta de experiencia de la clase obrera. Y estos límites devolvían a las masas a las posiciones económicas iniciales. Los sindicatos han sido y son la expresión organizada de estos límites. Ciertamente, la espontaneidad de la lucha de clases, sus movimientos, tienden a generalizarse, sus grados de potencia están durante ciertos períodos en un crescendo cada vez más acentuado. Y esta espontaneidad ha llevado, en Alemania y en Italia (en el momento de la efervescencia revolucionaria más intensa), a la formación más o menos incompleta de los consejos de fábrica. En Italia, la espontaneidad del movimiento revolucionario ha revestido una forma original desde el punto de vista histórico. En la ocupación de las fábricas, la espontaneidad del movimiento ha empujado a la clase obrera hasta la expropiación directa de las fábricas, realizada no por un decreto de un gobierno constituido, sino por la acción de las masas obreras más avanzadas. No hay que confundir, por lo demás, esta acción revolucionaria con la acción puramente sindical, que nunca ha ido más allá de la escala móvil y de una política de aranceles, que era un sinsentido desde el punto de vista revolucionario. El movimiento de los metalúrgicos italianos supera precisamente los límites de lo que se ha convenido en llamar lo económico. Aquí se nos podría hacer notar que no hay puro económico desde el punto de vista marxista, que todo movimiento económico es un movimiento político embrionario. Ya hemos señalado que existe una tendencia en todo movimiento económico del proletariado a convertirse en un movimiento político, pero hemos observado que hay fuerzas que devuelven estos movimientos a los límites de lo económico. Es decir, que el elemento económico tiene un doble aspecto. Se desarrolla sobre la base de un dilema: la lucha por los medios de existencia o la lucha por la revolución. Hasta ahora solo hay muy pocos ejemplos de que este dilema haya encontrado una solución histórica revolucionaria, y esto ha ocurrido siempre fuera de las formas de organización sindical. El ejemplo de la ocupación de las fábricas nos muestra el camino que la revolución tomará en el próximo

futuro en Italia. Supera en su espontaneidad todos los métodos anteriores de lucha. Además, se presenta como un fenómeno de unidad real: hay que señalar que este movimiento, al principio, fue una iniciativa de la categoría de los metalúrgicos, se extendió entre las demás categorías. Y si este movimiento no hubiera sido detenido, habría alcanzado la totalidad de la clase obrera. Mucha gente cree que fue el producto de la acción sindical de la federación metalúrgica. Angélica Balabanoff, en sus memorias, pretende disminuir la importancia de este movimiento cuando alude a un movimiento análogo que habría sido provocado en realidad por los fascistas antes de la ocupación de las fábricas en septiembre de 1920. No da ninguna importancia al gran movimiento de septiembre y no intenta de ninguna manera analizar sus causas y desarrollo. Es evidente que para ella, así como para tantos otros, se trata de una acción puramente sindical. Hay que señalar primero que la ocupación de septiembre fue precedida por dos movimientos muy significativos. El movimiento de los consejos de fábrica en Turín y la ocupación de la Fliani y Silvestri en Nápoles. El primero fue empujado a un terreno puramente reformista por los elementos comunistas de *L'Ordine Nuovo*, al terreno del control de la producción. La ocupación de la Fliani y Silvestri, en su aislamiento, si se considera que se produjo en Nápoles, un poco más lejos del verdadero centro industrial, fue un síntoma muy significativo de las tendencias revolucionarias que agitaban a las masas italianas. Se resolvió mediante la resistencia de los obreros a las fuerzas policiales y mediante el asesinato de un miembro del Soviet que se había constituido en el interior de la fábrica ocupada.

La gran ocupación de septiembre de 1920 fue provocada por la ocupación espontánea por parte de los obreros de algunas fábricas de Liguria y Milán. Fue a raíz de estos movimientos espontáneos que la Federación de Metalúrgicos tomó la iniciativa de la ocupación de las fábricas, que se habría desarrollado, por lo demás, por encima de la voluntad de los dirigentes del movimiento sindical. Y no fueron solo los obreros de esta organización, sino la totalidad de los obreros metalúrgicos, los que participaron en este movimiento... Los dirigentes de la Federación declararon que el carácter del movimiento era puramente económico. El movimiento de los consejos, que se desarrolló durante la ocupación de las fábricas, preocupaba extremadamente a los funcionarios sindicales, que le propusieron, como los ordinovistas en Turín, un papel reformista de control sobre la producción. Es muy extraño y contradictorio que Bordiga haya tomado este argumento no solo para condenar al "ordinovismo", sino para reivindicar el papel clásico de la CGT italiana. Bordiga demuestra en esta circunstancia que no ha captado la realidad del conflicto que se desarrolló durante la ocupación de las fábricas en Italia. Evidentemente para él, la tradición clasista de la CGT italiana se impone a los consejos, que le parecen incluso órganos reformistas. No hace falta decir que la forma que los ordinovistas y los reformistas italianos intentaron dar a los comités de fábrica era reformista. Pero su forma real no era la forma que los reformistas intentaron darles. Su forma real tendía a realizarse en hegemonía política y en eso era revolucionaria. El desarrollo ulterior de la ocupación de las fábricas habría dado a los consejos de fábrica el papel de dirección política. Pero los límites de lo económico, representados no solo por la Federación Metalúrgica y por la CGT italiana, sino por todas las organizaciones sindicales (Unión Sindical Italiana, Federación de Estibadores, Sindicato de Ferroviarios, etc.), todas las organizaciones políticas impusieron al movimiento límites económicos o bien los aceptaron sin oponer resistencia alguna, lo que viene a ser lo mismo. Entre ellos se

encontraban también los elementos que fundaron el Partido Comunista, cuatro meses después, en Livorno.

El movimiento de septiembre de 1920 en Italia demuestra una vez más que, si el punto de partida económico puede llevar al proletariado hasta posiciones espontáneamente revolucionarias, los sindicatos tienden a devolverlo al punto de partida. La victoria de los consejos en Italia era el fin de las organizaciones sindicales. Y sin embargo, hay que señalar que el desarrollo de la aristocracia obrera había sido extremadamente débil en Italia. Y la burocracia sindical era, en comparación con la de los demás países, relativamente limitada, aunque no fuera ni menos corrompida ni menos astuta.

Las organizaciones sindicales que tenían a su frente a socialistas de extrema izquierda, anarquistas, sindicalistas revolucionarios, no fueron menos que las demás órganos que se opusieron a la marcha de la revolución, que la devolvieron a los límites de lo económico, que provocaron la ofensiva reaccionaria y la derrota del proletariado. Estas organizaciones, donde el maximalismo verbal de los jefes expresaba en general el miedo a las masas revolucionarias, han sido en el proceso revolucionario de la lucha de clases en Italia organismos contrarrevolucionarios. El camino de la revolución en Italia, como en otros lugares, no es el de los sindicatos. El intento de una renovación de la experiencia sindical, después del fin ignominioso de este movimiento, es un anacronismo contrarrevolucionario. Colaborar en restaurar órganos en los que la revolución ya ha descubierto enemigos significa trabajar en el sentido de la contrarrevolución.

Prometeo ha constatado justamente que negamos toda forma de organización de masas en Italia. Haremos notar que desde nuestra salida de la fracción bordiguista, hemos empezado a pensar, a reflexionar con un cerebro más libre. Sin ningún compromiso disciplinario que nos forzara al cretinismo dogmático, hemos tenido que mirar la realidad de frente. Nos ha parecido un poco diferente de la que nos habían hecho ver. Y la realidad que hemos visto y examinado no es el sueño de nuestro pensamiento, es bien la historia del movimiento clasista en Italia. Hay bien, lo sabemos, organizaciones de masas en Italia: son las corporaciones fascistas, que son, tanto como los sindicatos en Alemania, Rusia, etc., las cárceles de la conciencia de clase, del espíritu proletario. Las corporaciones son respecto a los sindicatos lo que el fascismo es respecto al reformismo. Es decir, dos cosas perfectamente análogas y complementarias. Tales son los últimos elementos de experiencia en lo espontáneo: allí donde los sindicatos no han alcanzado, a través de una evolución y corrupción gradual debida a una muy fuerte aristocracia obrera y burocracia sindical, progresivamente la colaboración de clases o el fascismo económico, no han dejado por ello de desempeñar un papel contrarrevolucionario.

(continuará)

ANARQUISTAS, SOCIALDEMÓCRATAS Y HUELGA GENERAL

Para el pensamiento anarquista la especulación directa sobre la Revolución es un hecho superficial y accesorio. Lo que es esencial es la forma abstracta y antihistórica de plantear la huelga general como medio que condiciona toda la lucha proletaria. Para los anarquistas existen solo dos cosas como premisas materiales de sus especulaciones revolucionarias: el sueño utópico y la buena voluntad y el coraje para sacar a la humanidad del valle de miseria en el que la mantiene el capitalismo. Del sueño destaca el razonamiento, con sesenta años de vida ya, que la huelga general es el medio más expeditivo, más seguro y más fácil, para saltar a un orden social mejor. Es en el sueño donde encuentra su justificación la especulación mediante la cual la lucha económica se plantea como la única y verdadera "acción directa de las masas" y, en consecuencia, la única lucha revolucionaria (aquí está el nuevo antojo de los "sindicalistas" franceses e italianos). Lo que ha resultado fatal para los anarquistas no ha sido solamente la vertiente utópica de sus métodos de lucha improvisados en el sueño sino la realidad imprevista que los transfirió del terreno de las especulaciones revolucionarias al de la práctica, donde se convirtieron de hecho en agentes de la reacción.

Quienes han querido fijar en Alemania, mediante la deliberación de una dirección, el día preciso para desencadenar la huelga general, y quienes igualmente, en los congresos sindicales de Colonia, han pretendido (prohibiendo la propagación de esta solución del problema) hacer desaparecer del mundo la huelga general, se colocan en el mismo terreno y consideran el problema del mismo modo abstracto y antihistórico. Estas dos tendencias, retomando la concepción anarquista, pretenden que la huelga general es un simple medio técnico de lucha que se puede desencadenar o prohibir a su gusto. La huelga general es para ellos una especie de navaja de bolsillo que se guarda y de la que uno se sirve cuando quiere.

Los adversarios de la huelga general pretenden tener en cuenta el terreno histórico y las condiciones materiales de la actual situación en Alemania, en oposición a los "románticos de la revolución" que vuelan entre las nubes y no quieren tener en cuenta la realidad y sus posibilidades e imposibilidades. "Hechos y cifras, hechos y cifras", gritan como el personaje de la novela de Dickens. Lo que los adversarios sindicales de la huelga general entienden por "terreno histórico" y "condiciones materiales" es, por una parte, la debilidad del proletariado, por la otra, la fuerza del militarismo prusiano alemán. La insuficiencia de las organizaciones obreras, la situación de la caja y la amenaza de las bayonetas prusianas, he ahí los "hechos y cifras" sobre los que esos dirigentes de los sindicatos basan en un momento determinado su política práctica. Ahora bien, las cajas de los sindicatos y las bayonetas prusianas son fenómenos muy materiales e históricos, pero la concepción basada en esos elementos no es un materialismo histórico en el sentido de Marx sino un materialismo policíaco en el sentido de Puttkamer. Los representantes del estado policiaco y capitalista tienen en cuenta ellos mismos la fuerza real del proletariado organizado y al mismo tiempo de la fuerza material de las bayonetas y, habiendo considerado dos series de cifras, no siempre extraen la conclusión tajante que vemos aquí: el movimiento obrero revolucionario siempre es provocado por los instigadores y

cabecillas de disturbios, pues tenemos en nuestras prisiones y con nuestras bayonetas un medio suficiente para controlar este desagradable "fenómeno pasajero".

La clase obrera consciente de Alemania ha comprendido desde hace mucho tiempo el papel burlesco de la teoría de los policías, teoría que pretende que todo el movimiento obrero moderno es el producto artificial y arbitrario de hechos y gestas de un puñado de cabecillas y agitadores sin conciencia.

Pero es justamente la misma concepción la que ve la luz cuando bravos camaradas se asocian para poner al proletariado alemán en guardia contra la propaganda peligrosa de algunos "románticos de la revolución", y contra su concepción de la huelga general; o bien cuando, por otra parte, se abre camino a una campaña lagrimosa de esas gentes que se mecen en ilusiones sobre la posibilidad de un desencadenamiento de la huelga general a consecuencia de acuerdos confidenciales entre la dirección del partido y la comisión general de las organizaciones sindicales.

Si las huelgas generales dependiesen de la "propaganda incendiaria" de los románticos de la Revolución o de las decisiones confidenciales o públicas de los jefes de partidos no habríamos tenido en Rusia ni una sola huelga general. En ningún país se soñaba tan poco como en Rusia (como lo probé ya en marzo de 1905 en la *Sachs Arbeiter Zeitung*). En Rusia no se trataba ni de propagar, ni incluso de "discutir", la huelga general. Y han fracasado los ejemplos aislados de decisiones y acuerdos de la dirección del partido ruso, que deberían haber provocado la huelga general, como por ejemplo la última tentativa de agosto de este año tras la disolución de la Duma.

Si la revolución rusa nos enseña algo es sobretodo esto: *que la huelga general no es un producto artificial, programado y decretado, sino un fenómeno histórico que se produce necesariamente en un momento determinado sobre la base de las relaciones sociales existentes*. Este problema no podría ser considerado y discutido a través de especulaciones abstractas sobre la posibilidad e imposibilidad, la utilidad o la influencia dañina de la huelga general sino solamente mediante el examen de las condiciones sociales e históricas, de donde proviene ese fenómeno particular de la fase actual de la lucha de clases. Con otras palabras, se trata no de un juicio subjetivo determinado por lo que es deseable sino de un análisis de las fuentes de la huelga general desde el punto de vista de la necesidad histórica.

En la libertad del análisis lógico y abstracto se puede demostrar igualmente la imposibilidad absoluta y la cierta debacle o bien, por el contrario, la total posibilidad y la indudable victoria de la huelga general. El valor de la demostración es, en consecuencia, el mismo en ambos casos, es decir nulo. Así como el miedo a la propagación de la huelga general que provoca tantos anatemas contra los pretendidos culpables de ese crimen, es el simple resultado de un educado quid pro quo. Es tan imposible propagar la huelga general como medio abstracto de lucha como lo es propagar la revolución. "Revolución" y "huelga general" son ideas que representan simplemente una forma exterior de la lucha de clases y que sólo tienen una significación y contenido en relación con el conjunto de las situaciones políticas.

Quien se propusiese hacer de la huelga general, en tanto que forma de la acción proletaria, el objeto de una agitación preordenada, y difundiese esa "idea" para ganarse para ella, según él, poco a poco a la clase obrera, perdería su tiempo en una actividad absurda e insensata. Sería lo mismo si alguien quisiera hacer de la idea de la revolución y de la lucha de barricadas un objeto de agitación. La huelga general ha devenido hoy en día el punto central del interés vital de la clase obrera alemana e internacional, pues es una nueva forma de combate y como tal el síntoma de una profunda revolución en las relaciones y condiciones de la lucha de clases. Es una buena prueba del sano instinto revolucionario y de la viva consciencia de la masa obrera alemana que, a pesar de la resistencia encarnizada de sus dirigentes sindicales, se gira hacia ese nuevo problema con un interés tan caluroso. No se puede responder a este interés, a esta noble sed intelectual y a este entusiasmo revolucionario por la acción, que se produce entre los obreros, mediante una abstracta gimnasia cerebral sobre la posibilidad e imposibilidad de la huelga general. Por el contrario, se debe responder clarificando el desarrollo de la revolución rusa, sobre el significado internacional de esta revolución, sobre la agudeza de los contrastes de clases en la Europa Occidental, sobre las perspectivas ulteriores de la lucha de clases en Alemania y el papel y tareas de las masas en la próxima lucha. Solo bajo esta forma puede la discusión sobre la huelga general contribuir a ampliar el horizonte del proletariado, agudizar su consciencia de clase, profundizar su pensamiento y hacer resplandecer su fuerza de acción.

Si nos colocamos en este punto de vista, se verá todo el ridículo de los procedimientos de que se sirven los adversarios de la huelga general para condenar a aquellos que no han tratado el problema siguiendo al pie de la letra la resolución de Jena. Los "hombres políticos con sentido práctico" están completamente de acuerdo en declarar que esta resolución junta la cuestión de la huelga general y la cuestión del sufragio universal, lo que les permite creer que primero se debe asegurar por este medio un carácter defensivo a la huelga general y, segundo, que ésta queda subordinada al parlamentarismo y que la transforma en un simple accesorio del parlamentarismo.

La verdadera sustancia de la resolución de Jena en relación con esta cuestión consiste en afirmar que un atentado de la reacción contra el sufragio universal, en la actual situación, marcaría el principio de un período de luchas políticas tempestuosas en el que se aplicarían seguramente, por primera vez, la huelga general como medio de lucha. No podría delimitarse o acotarse el campo de acción social e histórico de la huelga general por un congreso del partido. Es una empresa que está tan limitada como la prohibición de discusión sobre esta cuestión que fue planteada en el congreso sindical de Colonia. En la resolución del partido de Jena, la socialdemocracia alemana ha levantado oficialmente acta del gran cambio que la revolución rusa ha aportado a las condiciones internacionales de la lucha de clases, y ha constatado su posibilidad de desarrollo y de adaptación a las nuevas exigencias de la próxima fase de la lucha de clases. Aquí radica la significación del congreso de Jena. En lo que concierne a la aplicación de la huelga general en Alemania, será la historia quien decidirá, como ya ha decidido en Rusia; la historia, en la cual la socialdemocracia sin duda alguna, con sus decisiones, es un factor importante pero solamente un factor entre otros.

En la actual discusión en Alemania se considera a la huelga general como alguna cosa muy simple, clara y netamente precisada. Se habla de una huelga general política. Se

plantea un único y grandioso despliegue de las fuerzas del proletariado industrial, preparado de antemano y desatado en un momento determinado. Debería ser el resultado de un plan bien establecido, sobre la base de un entendimiento entre la dirección del partido y la de las organizaciones sindicales, plan en el que estaría ya preordenado el balance material de la huelga general.

Si se compara este esquema teórico con la huelga general en la realidad, como se produce en Rusia desde hace cinco años, se tendrá que estar de acuerdo en que el plan que forma el substrato de la actual discusión en Alemania no se corresponde casi en nada con las numerosas huelgas que se han producido en Rusia; en que, por otra parte, esas huelgas tienen un aspecto tan variado que es imposible hablar de "la" huelga de masas y de una huelga de masas abstractamente esquematizada. Todos los momentos de la huelga general, así como su carácter, no son diferentes en las diferentes ciudades y regiones del territorio nacional sino que su carácter general ha cambiado en repetidas ocasiones durante la revolución. Las huelgas de masas han tenido y tienen aún en Rusia su historia particular. Quien habla de la huelga general en Rusia debe tener, ante todo, su historia delante.

Rosa Luxemburgo

17 abril, 1912

L'Ouvrier Communiste
Órgano de los Groupes Ouvriers Communistes
Número 1
Agosto, 1929

Traducción y edición:
Colectivo Obrero Comunista
https://colectivoobrerocomunista.wordpress.com/
Correo electrónico: colectivo.obrero.comunista@tutamail.com

Fuente original en francés:
https://archivesautonomies.org/IMG/pdf/gauchecommuniste/gauchescommunistes-av1939/gauchecommuniste-italienne/louvriercommunisme/ouvriercommuniste-n01.pdf